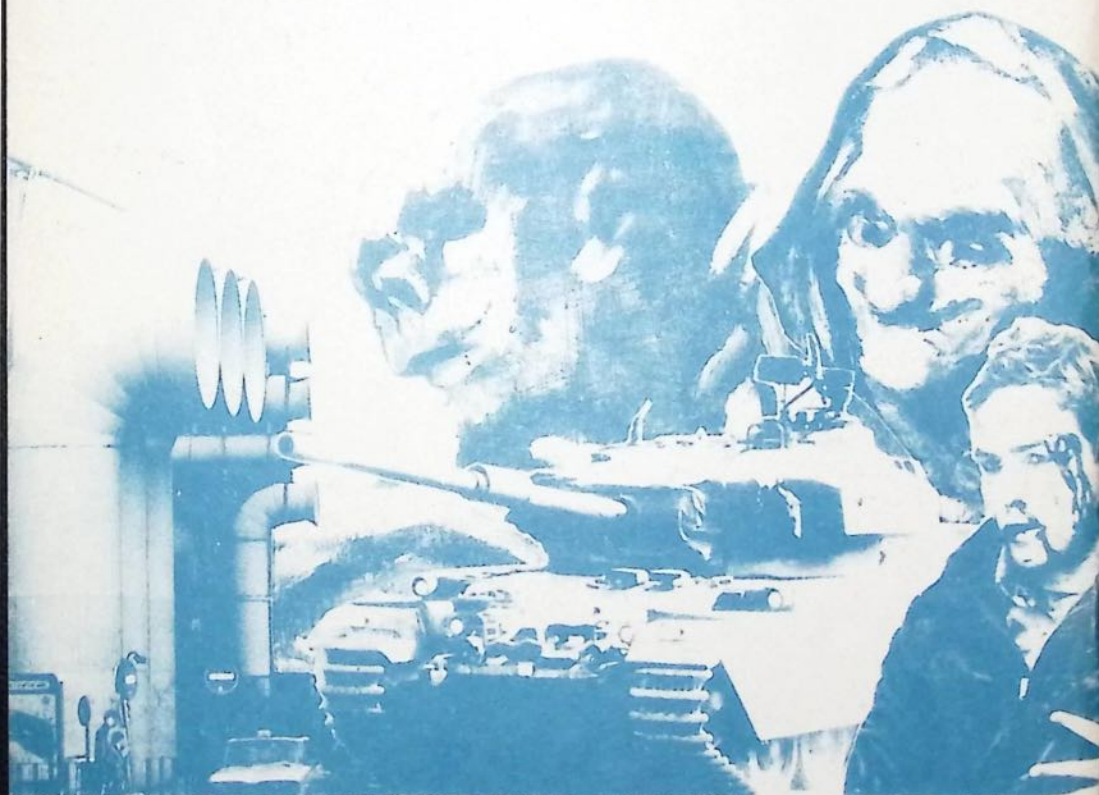


PENSAMIENTO SOCIALISTA

50.º Aniversario del
Partido Socialista de
Chile

1933 - 19 de Abril - 1983



TRIBUNA CHILENA DE IDEOLOGIA Y POLITICA

26-27

PENSAMIENTO
SOCIALISTA
Tribuna chilena de
ideológica y política

Año VII. N° 26-27
Enero-Abril de 1983
Edición del 50° Aniversario
de la fundación
Aportación: 1.50 dólar (o su equivalente)
España: 200 pesetas

DIRECTOR: OSCAR WAISS

EDITOR: P. S. Ch.

CONSEJO DE REDACCION: Carlos Altamirano. Erich Schnake. Jorge Arrate. Luis Jerez. Dr. Enrique Sepúlveda. Carlos Fortín. Alejandro Jiliberto. Juan Bustos.

PORTADA: Luis Arencibia.

SUMARIO

	Pág.
EDITORIALES	3
POLITICA	13
Mensaje de la Subsecretaría Europa-Africa	13
La primera República Socialista de América. Oscar Waiss	15
Estampa de Eugenio González Rojas. Alejandro Chelén.	21
Tres enfoques del socialismo chileno. Entrevistas de Victor Vaccaro a Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Jorge Arrate	25
ANALISIS	
Marx: centenario de su muerte. Enrique Sepúlveda.	33
La política internacional del Partido Socialista de Chile. Belarmino Elgueta	38
DOCUMENTOS	
Declaración de Principios del PSCH de 1933.	46
Declaración pública de la Convergencia Socialista	47
Acta de Unidad Sindical	49
ARTE	
Cuando yo me haya ido. Salvador Fuentes Vega.	50
LIBROS Y REVISTAS.	51

CORRESPONDENCIA Y CANJES:

Oscar Waiss
Marqués de Cubas, 12 (5° - A)
Madrid-España

LOS ARTICULOS FIRMADOS REPRESENTAN LA OPINION DE SUS AUTORES Y LA REVISTA NO COMPARTE, NECESARIAMENTE, SU CONTENIDO. LA REDACCION SE HACE RESPONSABLE DE LOS EDITORIALES Y DE LOS TRABAJOS QUE NO LLEVAN FIRMA DE AUTOR.



José Tóhá, entonces Ministro de Defensa del gobierno popular, presidiendo una reunión en que se observa, en primer término, al futuro dictador Augusto Pinochet, sentado junto al general Carlos Prats.



El Secretario General del Partido Socialista, Raúl Ampuero, hablando en el Teatro Caupolicán el año 1946. Se observa en el proscenio a los dirigentes de esa época Humberto Soto, Hector Gajardo, Astolfo Tapia, Oscar Weiss, Belarmino Elgueta, Eugenio González, Ramón Sepúlveda Leal, Isidoro Godoy, Oscar Schnake y Eudaldo Lobos.

EDITORIALES

1 Cincuenta años ofrecen una buena perspectiva para apreciar las circunstancias históricas que determinaron el nacimiento del Partido Socialista de Chile e influyeron sobre sus luchas y su trayectoria. Medio siglo es tiempo suficiente para el análisis y la reflexión, especialmente si se tiene en cuenta que durante este lapso han ocurrido acontecimientos de enorme trascendencia que marcan el rumbo futuro, no sólo de los pueblos de América Latina sino que, también, los de la humanidad en su conjunto. Los actores de la gran tragedia implícita en la lucha de clases a escala mundial no suelen ser los mejores intérpretes de los sucesos en que les ha tocado participar, porque las pasiones y los odios contribuyen a oscurecer el panorama y a conglomerar nubes sobre el horizonte. Es el paso del tiempo, el transcurso de los años, la inevitable acumulación de nuevos hechos, lo que permite una exégesis amplia que otorga una visión clarificadora y coloca los trozos del rompecabezas en el lugar adecuado.

En los cincuenta años transcurridos desde la fundación del partido se han sucedido las revoluciones y las guerras en todos los rincones del planeta, el hombre ha comenzado a conquistar el espacio, las naciones sumidas en el subdesarrollo y la pobreza emergen hacia la descolonización y la independencia, los nuevos sistemas sociales involucionan peligrosamente, la acumulación capitalista adquiere las características de un arrasador poder transnacional y la amenaza de una guerra nuclear ensombrece el porvenir de todos los seres humanos, más allá de las profundas ideologías o de las sentencias morales.

En su estrecho frente de acción, limitado por la cordillera de los Andes, en un lado, y por el inmenso océano Pacífico, en el otro, nuestro partido se integró al combate universal por una nueva sociedad y fué regando con la sangre de sus mártires la huella de la evolución y del progreso. Bastías, Llanos, Barreto, Miño, Arbulú, Paredes, Tóhá, Poupin y cientos de camaradas ejemplares cayeron en las barricadas del movimiento revolucionario y popular. El primer Presidente de la República murió con la metralleta en la mano, en el Palacio gubernamental de La Moneda, encarnando el honor de la Patria frente a la soldadesca sublevada. Nuestro partido conoció las alegrías y los desgarros, las victorias y las derrotas, unido indisolublemente a la suerte de los trabajadores y del pueblo.

Now ha tocado vivir y sufrir, después, la década de la amargura y del despojo. Atados, algunos, al oprobio de la dictadura en el territorio nacional y dispersos, otros, en la desesperada diáspora del exilio. Hemos sufrido, además, el ataque alevé y la intromisión sectaria de elementos ajenos que han procurado dividirnos para alzarse con el santo y la limosna. Hay quienes han creado, a su imagen y semejanza, un socialismo "desfazado" presentando una caricatura de partido, castrado de su tradición y autonomía, destinado a servir de comparsa a hipotéticas y dogmáticas "vanguardias". Con su pan se lo coman. Los partidos revolucionarios no se viran. Cuando caen, vuelven inexorablemente a levantarse. Y con su propio rostro.

2 Se ha tratado de vender la imagen, falsificando la historia, de un movimiento socialista que se habría organizado en Chile, al comenzar la década del 30, sobre la débil base de una amalgama constituida por elementos burgueses y pequeño-burgueses, algunos trabajadores "atrasados" y diversos intelectuales de confusos principios cuya gama doctrinaria iba desde cierto nihilismo anarcoide hasta el más podrido "reformismo".

Esta torcida "interpretación" pretende presentar, a la vez, la vigencia, en aquellos años, de una vanguardia proletaria comunista cuyas decisivas acciones determinaron el curso del proceso social y económico del país. Más aún, y así se ha expresado con reiteración e insistencia, esa "aguerrida" vanguardia habría impedido, por sus influencias y presiones, que el Partido Socialista desertara hacia la defensa de intereses reaccionarios.

Lo grave no es tanto que esta versión la trate de "vender" el Partido Comunista sino que algunos socialistas —debilitados por las persecuciones y las falsas solidaridades— echen por la borda sus conocimientos y su dignidad, presentándose como los "epígonos" de un supuesto lastre social e ideológico. Ese absurdo relato se reflejó, ya, en el llamado "documento de Marzo" que se distribuyó a comienzos del año 1974 y que, evidentemente, fue redactado por quienes preparaban la "captura" de nuestra organización independiente; fue exhaustivamente explicado en el Pleno convocado el año 1977 por el Comité Central del Partido Comunista de Chile; y, finalmente, ha sido explicitado y argumentado por Clodomiro Almeyda en diversos trabajos "teóricos" con la ingenua pretensión de que, mediante tantas y majaderas repeticiones, esa fantástica leyenda iba a sustituir a la verdad histórica.

Por eso, precisamente, decíamos, al comienzo, que el trascurso de los años sirve para ubicar adecuadamente las partes del rompecabezas, dejando a cada cosa en su sitio. Cuando los fundadores del Partido Socialista —anticipándose a su presencia oficial— levantaron la República Socialista del 4 de junio de 1932, los comunistas, cuantitativamente escasos y doctrinariamente sectarios, se opusieron rabiamente a la gloriosa experiencia; los ataques del pequeño pero fanático sector stalinista contra la militancia del nuevo partido de los trabajadores hicieron correr la sangre de muchos socialistas; durante la Segunda Guerra Mundial —en su gestación inicial— los comunistas chilenos defendieron y justificaron el siniestro pacto nazi-soviético; el Partido Comunista participó del primer gobierno de Gabriel González Videla, con Ministros que trabajaron, codo a codo, con los de filiación derechista radical y, lo que es todavía más aberrante, con los que pertenecían al Partido Liberal, o sea la extrema reacción cavernaria.

¿No resulta, entonces, paradójico, que quienes así procedieron tratan, a posteriori, de presentarse como los fieles guardianes de la revolución chilena? ¿Que sean ellos los que sostengan que impidieron a la directiva socialista ceder ante la derecha conservadora? ¿Y que haya "socialistas", como Clodomiro Almeyda, que propalen la misión "divina" del Partido Comunista para erigirse como los únicos representantes e intérpretes del proletariado chileno? Nadie pretende hacer "anticomunismo" barato y pertenece al acervo del Partido

3 Socialista su voluntad integradora y unitaria. Pero cuando se trata de mistificar la historia y de reducirnos a una manga de aventureros desorientados, no podemos callarnos sin renunciar a nuestra identidad política y teórica.

El Partido Socialista de Chile se gestó en la insurgencia revolucionaria de 1932 y mostró su presencia en 1933 como una explosión popular, como una avalancha de las masas trabajadoras, como lo que se denominó, entonces, la "revolución en marcha". Fueron las interminables columnas de obreros de la industria, de ferroviarios, de mineros, de empleados, de profesionales de izquierda y de trabajadores manuales e intelectuales las que desfilaron por las calles de todas las ciudades y aldeas del país levantando la roja enseña con el perfil de América Latina y el símbolo del martillo, que caracterizaban, y siguen caracterizando, la voluntad partidaria. También los campesinos de la zona central y del sur se agregaron a este despertar de la conciencia nacional. Pretender, siquiera, que el Partido Socialista no nació respondiendo a las necesidades de dirección de la masas trabajadoras chilenas, es una insensatez, tanto más cuanto que, en ese tiempo, los otros grupos de izquierda no pasaban de ser minorías insignificantes.

O sea que, lo primero, es señalar inobjetablemente, que la fundación del partido respondió a la ausencia de direcciones solventes de la clase obrera y del pueblo y que, además, se sustentó en una aplastante mayoría obrera cuya participación en el movimiento sindical se expresó de manera determinante, tanto en la Confederación de Trabajadores de Chile (CTCH), al comienzo, como en la Central Única de Trabajadores, después. La "teoría" almeydista de que el proletariado chileno está ubicado en la "parcela" social de los comunistas y que éstos tienen inscrito su "derecho de propiedad" en el registro de la historia no pasa de ser una necedad voluntarista. Si cada partido, en cada país del mundo, estuviera circunscrito en su influencia a un determinado sector, la interpretación del comportamiento de las clases sería de una sencillez elemental. No tendrían por qué, para dar un ejemplo, haberse derrumbado en España los comunistas de Carrillo y emergido en breve lapso los socialistas de González; no se explicaría el "desfallecimiento" de los comunistas franceses y la fuerza del socialismo galo; resultaría absurdo el descontento "escandaloso" de los obreros polacos existiendo el POUP, teóricamente su indiscutida vanguardia.

Nadie ha "decretado" la hegemonía de un partido determinado sobre un estamento fijo de la sociedad y sólo es válido observar que los partidos políticos —incluidos especialmente los revolucionarios— adquieren su representatividad de acuerdo a los programas que sustentan, a los intereses que defienden y a la credibilidad que ofrecen. Ningún grupo político es "infalible" y ese concepto religioso debemos dejárselo a la retórica de los teólogos. Ningún dirigente posee la fórmula de la "verdad absoluta" y suele haber varias respuestas a los cuestionamientos de la época. Esto es lo que denominamos el "pluralismo" ideológico y político, derivado directamente del "humanismo socialista", y que tanto los stalinistas de ayer como los

neo-stalinistas de hoy, reprueban duramente. Por eso los socialistas chilenos, desde su aparición en la escena real, han puesto el acento en su "autonomía" y se han negado a matricularse en los "vaticanos ideológicos" internacionales, sin perjuicio de mantener relaciones correctas y fraternas con todos los movimientos liberadores del mundo.

Después de cincuenta años de combate implacable contra el capitalismo y el imperialismo nos resulta intolerable que se pretenda desvirtuar nuestra profunda significación teórica y práctica presentándonos como un conjunto heterogéneo de soñadores confusos que refleja la indefinición de una "clase en sí" que aún no sabe lo que quiere ni a dónde va. Refutaremos esa versión malévola, "cueste lo que cueste".

4 ¿Qué representa, entonces, nuestro partido, en el arcoiris ideológico contemporáneo? ¿Cuál es el matiz que lo determina y define? Y lo decimos porque, como ya lo señaló en su tiempo el propio Lenin, de que predomine uno u otro matiz suele depender la suerte de la revolución. Y cuando esa suerte pende de un hilo, sobre todo en un subcontinente donde la brutalidad castrense impone los rigores del terrorismo más desenfrenado, no resulta baladí mostrar claramente los proyectos políticos singulares.

El Partido Socialista de Chile, desde su primera declaración de principios en 1933, siguiendo con los fundamentos teóricos de su programa de 1947, a través de su doctrina del Frente de Trabajadores, mediante su concepción de una República Democrática de Trabajadores y sobretodo ejerciendo una práctica unitaria de clase que culminó en la Unidad Popular y la llegada al gobierno de Salvador Allende, sobrepasó los márgenes del reducido proletariado industrial y minero, para representar los intereses de "toda" la clase obrera, comprendiendo en ella a las capas medias urbanas y rurales carentes de medios de producción y "condenadas" a vender su fuerza de trabajo, manual o intelectual, en el mercado capitalista. Sin dejar de estimar al proletariado, propiamente tal, como el destacamento más disciplinado y aguerrido del conjunto de los trabajadores, asumió la representación del pueblo en su globalidad.

Hubo —y no les negamos su derecho a proceder de esa forma— quienes prefirieron "trasladar" mecánicamente la experiencia de la revolución rusa de 1917 al terreno de las luchas sociales chilenas y que, por eso mismo, se redujeron a factores propagandísticos. Fué Marmaduke Grove, un combatiente sereno y pragmático, quien observó en esos años que al pueblo había que explicarle sus metas con palabras "simples" que todos pudieran comprender. Y por eso la primera diferencia entre la acción del reducido Partido Comunista y la del poderoso Partido Socialista consistió en que, mientras el primero llamaba a formar los "soviets" de obreros, campesinos, soldados y marineros, el segundo proponía la fundación de una República Democrática de Trabajadores.

Esencialmente, los socialistas trataron desde el principio de resguardar la "participación" de los trabajadores en las decisiones colectivas, el "pluralismo" necesario para que pudiera haber una sana

confrontación de opiniones y la práctica de un "humanismo socialista" capaz de asegurar el ejercicio de los derechos humanos, entre ellos el derecho al trabajo, el derecho a la libertad y el derecho a la vida. Esto significa que a la concepción del "partido único de vanguardia" o sea el partido de "cuadros" propiciado por los comunistas, se opuso la teoría y la práctica del "partido de masas", formado y orientado por los propios trabajadores militantes, en cuyo seno se educaban los "cuadros" necesarios, pero sin convertirlos en una tecnoburocracia dominante.

Así quedó claramente expuesto en los fundamentos del programa del año 1947 y este principio enmarcó los acuerdos de diversos Congresos del partido, en los cuales, por encima de improvisaciones a veces afiebradas, predominó siempre la noción de que los confrontamientos ideológicos son inseparables de la búsqueda de un camino propio para avanzar hacia la transición al socialismo. La diferencia entre el pluralismo ideológico y el humanismo socialista, por una parte, y el sectarismo fanático y el dogmatismo estéril, por la otra, marcan la distancia entre la concepción del partido de los socialistas chilenos y la de otros sectores políticos del país. No está de más subrayar que, en tales planteamientos, nuestro partido se "anticipó" visionariamente a posiciones que hoy irrumpen como muy novedosas.

5 Se suele plantear el argumento, aparentemente sólido, de que nuestro partido ha abandonado inamovibles principios del marxismo-leninismo. Y, sobre esto, queremos recordar que ya en la declaración de principios de 1933 se definió nuestra adhesión al marxismo revolucionario considerándolo como una doctrina que se enriquecía constantemente por el constante devenir social y que, en consecuencia, no puede jamás ser considerada como un cuerpo inmóvil, definitivo e inmutable.

La sociedad contemporánea, tanto en el mundo capitalista avanzado, como en las regiones subdesarrolladas o en los países donde impera el "socialismo real", presenta diferencias sustanciales con el contexto conocido y analizado por Marx, por Engels y, aún, por Lenin. Las soluciones propuestas por los primeros teóricos del socialismo científico o por quienes participaron en viejas revoluciones no tienen, necesariamente, que ser las mismas patrocinadas hoy por los actores de los presentes combates. Los fríos esquemas no sirven para enmarcar las nuevas situaciones. Cuando se quiere meter a la revolución en el lecho de Procusto de las fórmulas tradicionales sólo se consigue deformarla o traumatizarla.

Es comprensible que Lenin, por ejemplo, se sintiera impulsado a modelar un partido de revolucionarios "profesionales" en una realidad nacional donde los elementos capaces y maduros no pasaban de un puñado de precursores, para luego incorporar a las masas en la gran empresa socialista. No tenía otra opción y le pareció el camino adecuado. Pero ya Gramsci, en la década del 20, insistió en la idea de que los trabajadores italianos poseían la conciencia de clase suficiente como para hacer necesaria la "saturación" previa de la pobla-

ción por los nuevos valores políticos, ideológicos, morales y culturales, asegurando de esa manera, y sólo de esa, la "hegemonía" de la clase obrera sobre la sociedad civil. En el Chile de nuestros días, y gracias a la "memoria histórica" que no se puede subestimar, los trabajadores poseen una madurez conceptual amplia y constituyen un "sujeto" de la historia al que no se le pueden dar órdenes ni hacerlo comulgar con ruedas de carreta. Ese pueblo está decidido a "participar" en las decisiones que le conciernen y tiene el derecho opcional frente a plurales apreciaciones. Los que pretenden imponer sus esquemas y aplicar sus exclusivas consignas con el argumento de que sólo hay un reducido y selecto club de dirigentes que representan a la "clase para sí" y que saben a dónde van, cometen una equivocación lamentable. Quienes afirman que la proposición de diversas soluciones a los mismos problemas inmoviliza al proletariado revolucionario a través de direcciones "que se hacen juego entre sí", viven anclados en el pretérito y actúan aplicando un marxismo "congelado" y casi prehistórico.

Lenin fué un revolucionario que escribió muchas obras sobre el tapete candente de las acciones y de la vida real. Muchos de sus aciertos resultaron geniales. Condujo la primera revolución obrera victoriosa en la historia de la humanidad y esa hazaña le ha ganado la estimación y el respeto de las generaciones sucesivas. El estudio de esa experiencia es inseparable de la formación de un marxista actual. Pero no hay nada más "anti-leninista" que el tratar de imitar ahora, en un medio diferente, en una época histórica distante, las tácticas empleadas por el líder soviético en el año 1917.

Hoy, en Chile, no podríamos repetir la integración de ese partido de cuadros, de revolucionarios profesionales, de disciplina inflexible, porque las masas trabajadoras han alcanzado niveles de conocimiento y de conciencia que las habilitan para contribuir en forma colectiva a las orientaciones generales de la lucha. Ignorar esos niveles de conciencia significa, objetivamente, servir los intereses de la reacción nacional y de los monopolios transnacionales.

- 6 La gran contradicción contemporánea es la que antagoniza al capitalismo con el socialismo; ésta es la oposición fundamental y básica; hay también, otras, y entre ellas debemos destacar la que existe entre la dictadura y la democracia. Pero, si entramos al fondo de la cuestión, podemos darnos cuenta que el duelo histórico entre la democracia y la dictadura se presenta, no sólo en el mundo capitalista, sino que también en la órbita socialista.

Así se explica que, por un lado, grandes partidos que cuentan con el apoyo de los trabajadores —aunque sus proposiciones sean disímiles o limitadas— utilicen con eficacia el arma del sufragio universal, mientras que, por otro, las mayorías productoras se alzan amenazadoramente contra las tecnoburocracias que usurpan su representación.

Nuestro partido no puede ser "neutral" frente a la contradicción fundamental que enfrenta a los países capitalistas con los países en que se ha suprimido el régimen de la propiedad privada, pero ello no

implica subordinar los intereses del pueblo chileno a los de grandes potencias que combaten por el control del mundo. Por eso que, en vez de incluir al movimiento popular en uno de los grandes bloques político-militares que amenazan con desembocar en un conflicto nuclear, los socialistas nos insertamos en la tendencia de "no alineación activa" que se propone velar por la suerte de los pueblos débiles, sin abandonar la orientación hacia la democracia, la libertad y el socialismo.

Rescatar los valores de la democracia del pantano en que los han sumido, tanto los viciosos regímenes capitalistas parlamentarios como los degenerados sistemas del "socialismo real", es una tarea insoslayable para los nuevos movimientos revolucionarios del mundo y, entre ellos, para nuestro partido.

No se puede livianamente decirle a las masas que todos los gobiernos, sean del signo que fueren, constituyen una "dictadura de clase", sin agregar que los "métodos" represivos empleados son distintos y, por supuesto, ofrecen perspectivas también diferentes. Constituye una ligereza y hasta una frivolidad prescindir de tales apreciaciones metiendo en un mismo saco a todos los gobiernos, pues los trabajadores saben apreciar perfectamente lo que para ellos significan las libertades esenciales y el respeto de los derechos humanos.

Los últimos cincuenta años, que son precisamente los de la existencia de nuestro partido, han ofrecido el salvajismo de regímenes dictatoriales como el fascismo de Mussolini, en Italia, el nazismo de Hitler, en Alemania, el terror del stalinismo en la URSS o los sangrientos excesos de las tiranías militares latinoamericanas. Asegurarle a los trabajadores que no hay diferencias entre las bestialidades de un Hitler o los vaivenes de un gobierno democrático burgués aplicando el remoquete de "fascistas" a todos los adversarios políticos es condenarse al descrédito y a la derrota. Enarbolar la consigna de una "dictadura proletaria" significa sacar a los peores fantasmas de su tumba y enajenarse la voluntad de la propia clase obrera.

El Partido Socialista de Chile extrae de las experiencias internacionales y nacionales recientes todo un bagaje de conclusiones y reivindica los valores de la democracia —la libertad, el pluralismo, la seguridad, el empleo y tantos otros— como parte indisoluble de su proyecto político. Y no separa el concepto de democracia con la idea del socialismo, consciente de que también muchos crímenes se cometen tras la falsa invocación democrática.

- 7 Pero que los árboles no nos impidan ver el bosque. Al llegar a su medio siglo de vida nuestro partido enfrenta una severa disgregación interna, que afecta tanto a la organización en el interior de Chile, como a las huestes que se mantienen en el exilio. Sin contar con sectores más o menos reducidos que procuran mantener las tradiciones partidarias, existe una fracción neostalinista que ha sido apertrechada, ideológica y materialmente, por uno de los grandes centros políticos internacionales que se ha propuesto controlar la orientación del movimiento popular chileno.

Sin embargo, las aguas tienden a volver a su cauce. A través del Comité de Enlace permanente que funciona en Chile y de diversos comités unitarios que se han formado en diversos países donde tiene presencia el destierro de nuestros militantes, los verdaderos socialistas están forjando la unidad y reconstruyendo al partido. Parece haber llegado la hora de que a los buenos propósitos se agreguen "hechos" que estimulen a todos; una vez más repetimos que nuestro partido, en su tronco histórico que hemos logrado mantener con tantos esfuerzos, con su dirección unida en el interior y en el exilio, con su Secretario General que permanece en la patria sojuzgada, está abierto a esa unidad, sin prepotencias y sin segundas intenciones. Es el menor tributo que podemos rendirle a la voluntad y a la fe de los verdaderos combatientes.

En cuanto a la fracción almeydista, sabemos distinguir entre quienes ya le han vendido su alma al diablo y los compañeros que por razones circunstanciales se quedaron enredados en su madeja. A los primeros les recomendamos que se incluyan, de una vez por todas, en el sector político que les corresponde, a lo que tienen perfecto derecho. A los segundos les hacemos un fervoroso llamado a fin de que se sumen a la reconstrucción partidaria, porque sin la presencia de un fuerte movimiento socialista, autónomo y revolucionario, el movimiento popular chileno será incapaz de oponerse, primero, a la dictadura y construir, después, una nueva sociedad más justa.

Hemos logrado, a pesar de todo, conservar las reservas humanas necesarias, en Chile y fuera de Chile, para rehacer al partido, y estamos constatando como la fracción neostalinista se va debilitando y desvaneciendo, pese al apoyo logístico cuantioso de que disfruta. La verdad es una herramienta poderosa en esta lucha; no basta, por ejemplo, que traten de presentar la memoria adulterada de un Eugenio González para apoderarse de su imagen, ya que basta leer los escritos y recoger las enseñanzas del maestro —especialmente los fundamentos teóricos del programa— a fin de convencerse que la falsificación grosera de su pensamiento no podrá prevalecer jamás. En este cincuentenario de la fundación las ideas de Eugenio González iluminan nuestro sendero y forman el cimiento de nuestra organización y de nuestra lucha.

No nos olvidamos, tampoco, de que existen socialistas, adscritos a los principios del humanismo y de la democracia, que provienen de la cantera política del movimiento cristiano y que se han vertebrado, con el socialismo histórico, en un movimiento denominado "convergencia socialista". Es ahí donde debe jugar su baza el pluralismo ideológico que reconocemos y preconizamos, ya que de la confrontación de planteamientos deberá surgir la opción mayoritaria. Lejos de alarmarnos o de ver en la "convergencia socialista" un rival político, destacamos su importancia que viene a demostrar cómo el pueblo busca y encuentra fórmulas para expresarse y combatir.

No pretendemos erguirnos como los tutores de nadie sino que ofrecemos nuestra mano abierta a todos los que buscan sinceramente una huella hacia el futuro. Si no hay precedentes, si no existe el camino, haremos camino al andar.

Las dictaduras militares del cono sur de nuestro subcontinente están derrumbándose aceleradamente y la de Pinochet no será una excepción a la regla. La situación angustiosa de la economía, la carencia cada vez mayor de apoyo social y hasta los intereses del imperialismo yanqui se conciertan para producir modificaciones políticas que deberán constatare en el curso del año 1983. El ambiente de protesta se respira en el aire de las calles de Santiago y de las principales ciudades. La "oposición" al régimen militar abarca a la inmensa mayoría de la población.

De ahí que sea vital para los socialistas chilenos mantener una actitud muy clara que impida frustraciones o provoque discrepancias, distinguiendo perfectamente los compromisos o pactos destinados a la sustitución de la tiranía castrense, de las alianzas o bloques capaces de sustentar un proyecto político común a largo plazo. Negarse a participar en las acciones comunes, muchas veces espontáneas, que sirven para movilizar a las grandes mayorías, sería una insensatez, por decir lo menos; comprometerse a la integración en un gobierno de "recambio" sería una imprudencia, para emplear términos moderados.

Debemos prepararnos para concebir y practicar la unidad de la izquierda como instrumento de avance social, aunque los futuros gobiernos "sustitutivos" sean más limitados o sirvan distintos intereses. Por eso nuestras controversias con los sectores de la izquierda que pretenden monopolizar las orientaciones finales no involucran un rompimiento propiamente tal sino una llamada de atención que evite los excesos sectarios o los dogmatismos absolutos. Nos hemos limitado a "contestar" argumentos parciales o provocativos y defenderemos el pluralismo ideológico y político "cueste lo que cueste", ya que de ello depende la fuerza aglutinadora de un pueblo que no acepta ser "objeto" de manipulaciones sino que "sujeto" de su propia historia. La reconstrucción del Partido Socialista de Chile, el movimiento de la "convergencia socialista" y la unidad política de la izquierda son procesos complementarios y, al servicio de cada uno de ellos, estará nuestro partido al cumplir su medio siglo de existencia.

Uno de los errores más graves cometidos por un sector de la izquierda con posterioridad al golpe militar del 11 de septiembre de 1973 es el de haberse entrometido groseramente en la vida interna de organizaciones populares pues ello ha sembrado toda clase de celos y ha dificultado la unidad de acción. Indicio poderoso de este descontento ha sido la comunicación en que el Partido Socialista, la Izquierda Cristiana, el Mapu y el Mop le retiran a Anselmo Sule el carácter de coordinador de la izquierda debido a actuaciones en que dicho dirigente prescindía de consultar las opiniones de estos partidos.

La unidad de la izquierda chilena es un arma poderosa a la que no se puede renunciar, pero ella será válida en la medida que represente democráticamente la voluntad colectiva. No hay que alarmarse —y por el contrario, creemos que debe producir alegría— porque surjan a veces opiniones discrepantes; nadie posee la verdad absoluta y el pueblo tiene derecho a elegir por sí mismo el camino a seguir; ello, en vez de "paralizar" al movimiento popular, como sostiene Almeyda, lo vitaliza y fortifica, ya que le otorga una dinámica interna

capaz de levantar la fé de las masas. Sin el sentimiento de propio respeto que genere una mística revolucionaria no existen posibilidades de "despegue" de la resistencia. La prepotencia de los "úkases" consignistas no reemplazará jamás al empuje consciente de los trabajadores. El destino común está al alcance de la mano y no podemos permitir que se le escamotee por los aprendices de mago. Concebimos la unidad como una empresa colectiva y no como una imposición totalitaria.



Salvador Allende y el General Carlos Prats, con sus esposas, junto al Ministro José Tohá, presenciando una parada militar.

POLÍTICA



Eugenio Matte Hurtado

UNA HERENCIA QUE NO PODEMOS DESPERDICAR

Mensaje de la Subsecretaría Europa-
África del PSCH a los militantes.

19 de Abril 1933- 19 de Abril 1983.

Al cumplirse cincuenta años desde la fundación de nuestro partido hemos sentido la obligación de dirigirnos a todos ustedes, en estos momentos de oprobio y de dolor para los chilenos. Porque si durante medio siglo nuestro partido ha sido protagonista de la historia, en este último decenio ha conocido, alternativamente, la emoción de una victoria y el desgarró de una terrible derrota.

Por eso nos dirigimos a todos los militantes, a los que siguen sufriendo en Chile la carga de terrorismo y de crueldad impuesta por la dictadura y a los que viven dispersados por el mundo, sobrevivando como pueden en todos los países del planeta.

No debemos olvidar que nuestra tarea prioritaria es el derrocamiento del régimen tiránico y que a ella están

supeditadas todas las otras metas que los socialistas nos hemos fijado. Muchos olvidan que ésta es la obligación principal y caen en la minúscula querella que empequeñece nuestra lucha. Otros pierden, poco a poco, el recuerdo de nuestras víctimas, entre ellas y en primer lugar la del compañero Presidente, Salvador Allende, que murió con la metralleta en la mano defendiendo el honor y la significación de la causa socialista. Y esa sangre no puede ser olvidada jamás, pues ella tiñe nuestros estandartes con el color de la revolución y de la esperanza.

Pero unidad, queridos compañeros, no significa simplemente obedecer consignas propuestas por las direcciones políticas. Unidad significa la elaboración conjunta y democrática de los proyectos políticos del futuro. El pueblo de Chile aprendió por su propia experien-

cia lo que contiene la imposición de conductas sin la participación masiva de los trabajadores. Y, por eso, tanto dentro de la patria desgarrada como en la triste diáspora de los desterrados, se tiene conciencia de la necesidad de un encuentro que suprima los voluntarismos y los autoritarismos del pasado.

De ahí que el Partido Socialista de Chile propicie la reconstrucción orgánica de sus cuadros participando en el Comité Permanente de Enlace que funciona en el territorio patrio y en los Comités de Unidad que han surgido en numerosos países del mundo, donde se reparten los exiliados. Reconocemos el derecho de participar en este trabajo unitario a todos los militantes provenientes del tronco histórico partidario; ahora, quienes han preferido adscribirse a otras fórmulas ideológicas, se han marginado ellos mismos de la tradición socialista chilena, hecho que lamentamos pero que no está en nuestra mano remediar.

Este mismo sentido tiene nuestra aportación al movimiento de la "convergencia socialista" que agrupa a nuestro partido, a la Izquierda Cristiana, al Mapu, al Moc y a importantes sectores del Partido Radical y del Mir. La "Convergencia" no consiste en la tentativa de formar un nuevo partido sino que es la expresión del deseo unitario latente en amplias capas de la población, que va desde la militancia histórica del socialismo hasta ese pueblo cristiano que ha sabido mostrar su garra combativa y un heroísmo ejemplar.

Esto no significa que nos cerremos a la evidencia de que se precisa una acción común de todos los sectores de la izquierda, abierta también a acuerdos con el resto de la oposición al gobierno de Pinochet. La acción común es condición irrenunciable para el fortalecimiento de la resistencia y nuestra organización ha tenido siempre, desde que se fundó, vocación unitaria y revolucionaria. Acción común que tiene, por supuesto, objetivos concretos y que no debe confundirse con una renuncia a la lucha de clases, instrumento esencial de la

doctrina marxista que inspira nuestro desenvolvimiento.

Lo que no hemos aceptado ni toleraremos jamás es la imposición arbitraria de líneas políticas o de objetivos prácticos elaborados unilateralmente sin el acuerdo previo de las fuerzas involucradas. En primer lugar, ello vulnera la "autonomía" que el partido ha resguardado celosamente durante su medio siglo de existencia; en segundo, tal conducta pisotea el "pluralismo" ideológico que permite la participación colectiva en la búsqueda de un camino hacia el socialismo, y, en tercero, con tales métodos se arrasa con la doctrina del "humanismo" socialista, tan cara a los militantes y al pueblo.

Hemos caminado durante medio siglo por el sendero de la revolución socialista y, al margen de los errores cometidos, perdura la voluntad de lucha. Es hora ya de pasar por encima de consideraciones subalternas a fin de reconstruir la organización partidaria preparándonos para la inevitable caída de la dictadura. Sin un Partido Socialista fuerte todo combate se diluirá en las ambigüedades características de un proceso carente de orientación adecuada. El Partido Socialista de Chile, el partido de Salvador Allende, es un factor decisivo en el drama chileno. Fortalecerlo es un deber de todos los militantes.

**¡VIVA EL RECUERDO
DE SALVADOR ALLENDE!**

**¡VIVA LA UNIDAD DEL PARTIDO
SOCIALISTA DE CHILE!**

**¡VIVA LA CONVERGENCIA
SOCIALISTA!**

**¡VIVA LA UNIDAD DE TODO
EL PUEBLO CHILENO!**

**ABAJO LA DICTADURA
TERRORISTA MILITAR!**

¡HASTA LA VICTORIA, SIEMPRE!

La Subsecretaría Europa-Africa
del Partido Socialista de Chile

LA PRIMERA REPUBLICA SOCIALISTA DE AMERICA

Oscar Waiss

El autor es uno de los pocos testigos que van quedando de los sucesos ocurridos el 4 de junio de 1932 y días sucesivos, no sólo fué testigo de ellos, sino que participó activamente, de manera que sus recuerdos contribuyen a rehacer la verdadera historia de un acontecimiento que, entre otras consecuencias trascendentes, llevó a la fundación del Partido Socialista de Chile.

La primera República Socialista de América

Yo viví la revolución del 4 de junio de 1932; tenía diecinueve años y era dirigente universitario; en ese carácter formé parte de la dirección del Consejo Revolucionario Obrero y Campesino (CROC) que funcionó durante los doce días que estremecieron a Chile, en la vieja casona de la Universidad, ubicada en la Alameda, entre San Diego y Arturo Prat. El gobierno revolucionario presidido por Marmaduke Grove, Eugenio Matte Hurtado y Oscar Schnake fué derribado por las fuerzas reaccionarias el 16 de junio y ya el 17 salíamos al destierro muchos de los protagonistas; en un barco de guerra partieron hacia la isla de Pascua el coronel de aviación Marmaduke Grove, el abogado Eugenio Matte y otros integrantes del efímero gobierno socialista; en otro, fuimos conducidos hasta la isla Mocha, de áspero clima sureño, numerosos dirigentes obreros y universitarios; entre estos últimos íbamos seis de la Universidad de Chile, Tomás Chadwick, Astolfo Tapia, Orlando Torricelli, Marcos Vodanović, Magallanes Díaz Triviño y yo, más dos de la Universidad de Valparaíso, Gonzalo Scorza y Eduardo Trucco.

Malabarismos
con la Historia

Dos factores han influido para la "jibarización" histórica de la primera República Socialista instaurada en el subcontinente latinoamericano: a) el evi-

dente deseo de los grupos conservadores tendiente a "borrar" de la memoria de los trabajadores una experiencia que desafió al poder reaccionario y b) la igualmente visible voluntad del Partido Comunista de silenciar un combate revolucionario en el cual, no sólo careció de intervención importante, sino que lo obstaculizó con dureza calificándolo de una vulgar aventura pequeño-burguesa.

La revolución del 4 de junio logró "galvanizar" el entusiasmo de las masas trabajadoras que, en estos días, no contaban con una dirección política solvente. Existían innumerables partidos o grupos de orientación socialista y un Partido Comunista dividido que, en las consultas electorales, no lograba reunir más del 1 por cien de la votación nacional. La sublevación fué el resultado de la confluencia de tres fuerzas que operaban por separado: a) Un grupo conspirativo integrado por dirigentes obreros e intelectuales de izquierda del que formaban parte Oscar Schnake, Augusto Pinto, Carlos Alberto Martínez, Eugenio González, Fernando Celis Zegarra y Eugenio Matte Hurtado; b) un sector militar descontento encabezado por el coronel de aviación Marmaduke Grove y que contaba con oficiales jóvenes como Charlin, Inostroza y Cash; c) Un conjunto cívico-militar de inspiración nacionalista conservadora dirigido por el periodista Carlos Gregorio Dávila e integrado por el general Agustín Moreno Ladrón de Guevara, los coroneles Pedro Lagos, Concha Vera y Merino Benítez, más otros que, posteriormente,

"coparon" a la Junta de Matte y derrocaron a los verdaderos revolucionarios.

Pero, previamente, cuando se logró derribar al gobierno de Juan Esteban Montero, predominaba claramente la corriente socialista revolucionaria. La Junta de Gobierno quedó integrada por Eugenio Matte, Carlos Dávila y el general Arturo Puga, quedando como ministro de Defensa Marmaduke Grove y como Secretario General Oscar Schnake. De los doce miembros del Gabinete, siete pertenecían al partido denominado Nueva Acción Pública que presidía el propio Eugenio Matte, y sólo cuatro al equipo de Dávila. Y la orientación del movimiento estaba claramente dirigida por quienes buscaban un cambio decisivo en las estructuras económicas y sociales.

Los volantes que fueron distribuidos por la aviación revolucionaria en la misma mañana del 4 de junio denunciaban "a la reacción oligárquica que sólo supo servir los intereses del insaciable capitalismo extranjero, sin importarle las urgencias de las necesidades colectivas, la miseria de las clases productoras, la cesantía y el hambre del proletariado".

El volante agregaba: "No nos guían ambiciones mezquinas ni pequeños odios; sólo perseguimos la liberación económica del país y el triunfo de la justicia social, con la instauración de la República Socialista de Chile, alenada por un alto espíritu de nacionalismo constructivo que asegure a todos los chilenos el derecho a la vida por medio del trabajo productor".

Finalmente se ofrecía asegurar la organización de la economía nacional bajo el control del Estado y defender las riquezas del país ante las pretensiones del imperialismo.

Para afirmar el proyecto revolucionario se llamó a las masas a una concentración en el teatro Municipal y la respuesta fué tan entusiasta que la multitud, no sólo completó la capacidad de ese recinto, sino que se desbordó por las calles adyacentes; Grove, Matte y Schnake fueron ovacionados, mientras que Dávila no se atrevió a presentarse

ante esa extraordinaria movilización popular. Negar el apoyo obrero ampliamente mayoritario a la República Socialista constituye una falsificación grosera de la historia.

Programa de acción económica inmediata

Si nos sabemos colocar en la perspectiva de la época, o sea hace un poco más de cincuenta años, podemos comprender el contenido realmente revolucionario del movimiento, para lo cual basta con referirnos a algunas puntualizaciones del "programa de acción económica inmediata" ofrecido por el gobierno socialista.

En uno de sus primeros acápites denuncia la entrega de la riqueza nacional al capitalismo extranjero. "Todo, dice, ha sido entregado sistemáticamente al extranjero. A consecuencia de esta política la administración del crédito, el ejercicio del comercio exterior e interno y el control de los salarios y del mercado de los brazos se han escapado de nuestras manos".

"Hemos visto, agrega, a los gobiernos y los particulares recurrir constantemente al crédito exterior para movilizar la riqueza nacional; aún se ha recurrido a él en aquellos casos en que los artículos importantes representaban una parte insignificante de las inversiones; por su parte, las casas comerciales extranjeras han llegado a monopolizar nuestro comercio interno mayorista y gran parte del minorista y el comercio externo está exclusivamente en sus manos".

Más adelante condena enérgicamente los principios del liberalismo económico, doctrina a la que define "como la más injusta desde el punto de vista social y la más inmoral desde el punto de vista humano". Y, señalando las orientaciones del nuevo gobierno, señala que "sólo uno inspirado en los principios de que toda sociedad se establece para impedir que los más fuertes destruyan a los más débiles... puede orientar su interven-

ción en la economía nacional en forma acertada y enérgica para establecer la justicia y la equidad entre los hombres haciendo desaparecer las desigualdades irritantes".

Denotando su carácter clasista y anticipándose a las exégesis hoy más generalizadas sostuvo ese documento que "en la advenediza burguesía chilena más que en ninguna otra de un país que se diga libre, se ha evidenciado un mayor respeto por todo lo que no es nacional". Subrayo este párrafo ya que fija una línea de desarrollo conceptual profundizada posteriormente por el Partido Socialista y basada en el fracaso histórico de la burguesía criolla, lo que conduce a la teoría del "frente de trabajadores" y a una correcta evaluación de la "hegemonía" de la clase obrera.

Las proposiciones de este programa en el sentido de "alimentar al pueblo, vestir al pueblo y domiciliar al pueblo", sintetizadas en la consigna movilizadora de "pan, techo y abrigo", han sido posteriormente "usurpadas" por partidos que se atribuyen su paternidad en una tentativa grotesca de borrar todo rastro de un combate en que se generó la fuerza ulterior del socialismo chileno.

Es preciso insistir en que el gobierno revolucionario no se limitó, únicamente, a difundir promesas sino que se aplicó a medidas concretas que fueron, precisamente, las que le concitaron el odio intenso de las empresas extranjeras y de la oligarquía nacional. Aprobó un plan de reforma agraria, disolvió la Compañía de Salitres de Chile (CO-SACH) y propuso la nacionalización del salitre, creó el Banco del Estado para ponerle fin al monopolio de los créditos, estableció el control del comercio exterior e interior, creó fuentes de trabajo y propuso un plan de reforma educacional con el objeto de abrir las puertas de escuelas, colegios y universidades a todos los sectores de la población.

Tal vez la medida más popular de ese gobierno fué la devolución de las máquinas de coser e instrumentos de

trabajo empeñados por los trabajadores en las Casas de Préstamos.

Respuesta de las masas

La casi totalidad de los partidos y grupos de orientación socialista se sumaron a las movilizaciones populares de respaldo a los revolucionarios del 4 de junio; la excepción la constituyó el Partido Comunista en su segmento oficial, o sea el reconocido por la Internacional Comunista, cuyo Secretario General era Carlos Contreras Labarca y cuyo "líder" era Elías Lafferte.

Los comunistas hicieron un llamado al pueblo para "crear un amplio frente único, realizando el desenmascaramiento de las diferentes agrupaciones pequeño-burguesas y no olvidando que sin el Partido Comunista que dirija no hay revolución posible". Para ese efecto convocaron a la formación del "Consejo Revolucionario Obrero y Campesino", que sesionaba en el Salón de Honor de la Casa Central de la Universidad de Chile, que los estudiantes habíamos tomado por asalto.

En el comité directivo del CROC dejaron dos plazas para representantes del Partido Comunista Disidente (después Izquierda Comunista) que ocupamos Pablo López Cáceres, por los obreros de la construcción, y yo, por los estudiantes universitarios. El Partido Comunista presentó un pliego de sesenta y dos reivindicaciones económicas, entre ellas la rebaja de los alquileres de las casas, un subsidio para los desocupados y la congelación de los precios de artículos de primera necesidad. Los comunistas disidentes lanzamos un volante conteniendo siete planteamientos sustanciales:

"La Junta Revolucionaria debe proceder de inmediato al armamento de los trabajadores reconociendo sus comités y entregándoles armas para formar la Guardia Revolucionaria.

"La Junta debe proceder al desarme efectivo de las guardias blancas, cívicas, reservistas y bomberos.

"Formación de comités de obreros y campesinos, de obreros de fábricas, minas, salitreras, transportes, etc. y su reconocimiento para el control de la producción por los trabajadores y su reparto.

"Entrega del control de las fuerzas armadas a las clases, lo que se ejecutará por medio de asambleas de soldados y marineros.

"Entrega de las Municipalidades a los trabajadores y municipalización de las viviendas, con el control de los cesantes sobre su alimentación y aprovisionamiento.

"Socialización de los medios de producción expropiándolos sin indemnización y entrega de la tierra a quienes la trabajan.

"Destrucción de la industria bancaria y creación del Banco del Estado".

Después de la caída del gobierno revolucionario y de algunos meses de gran agitación social se efectuaron elecciones presidenciales las que tuvieron lugar a fines de 1932. Los resultados de esta consulta, efectuada mientras el candidato de las fuerzas socialistas Marmaduke Grove aún se encontraba relegado en la isla de Pascua, fué el siguiente:

Arturo Alessandri 187.914 votos
Marmaduke Grove 60.856 votos
Héctor Rodríguez 47.297 votos
Enrique Zañartu 42.885 votos
Elías Lafferte 4.128 votos
O sea que el candidato socialista, sin organización de partido y sin estar presente en la campaña electoral, obtuvo alrededor del 18 por ciento de los votos, mientras que el candidato comunista obtuvo un patético 1 por ciento. El Partido Comunista Disidente, es decir el sector trotskista que posteriormente se denominó Izquierda Comunista y que el año 1936 se incorporó al Partido Socialista, apoyó públicamente la candidatura de Grove.

Pese a la antigua implantación de los comunistas en el sector proletario de las plantas salitreras y aunque los resultados electorales sólo sirvan para un cálculo aproximado de las fuer-

zas en pugna, es indiscutible la obligación de aceptar que los proletarios, en particular, y la clase obrera, en general, se inclinaron por las banderas del socialismo naciente y le dieron al candidato Grove la segunda mayoría en las elecciones, reflejo de la adhesión despertada por la revolución del 4 de junio. Más aún, el proletariado más moderno y más consciente, o sea el de las industrias urbanas y de las nuevas explotaciones mineras, se expresó categóricamente por la postulación de Grove. ¿Cómo, entonces, se pretende afirmar que el Partido Socialista no surgió asumiendo la representación de la clase obrera? ¿Cómo podemos callar ante versiones tan monstruosas con las que se trata de ocultar o distorsionar la verdad histórica? ¿Hasta cuándo los socialistas vamos a comulgar con ruedas de carreta y a tolerar que nos pasen catas por los

ros? Podrá sostenerse —y admitimos que puede discutirse— que el grado de madurez de las masas era insuficiente o que las tácticas adoptadas fueron erróneas, pero no puede desconocerse, con un mínimo de buena fe, que la clase obrera se volcó masivamente a las filas del Partido Socialista, en un momento en que carecía de cualquier dirección política más o menos solvente. Si hay socialistas o militantes que se pretenden como tales sosteniendo que el año 1932 existía una vanguardia proletaria propiamente tal y que, al margen de ella, las capas más atrasadas de la clase obrera y los elementos confusionalistas de los sectores medios fundaron el Partido Socialista, están renegando, no sólo de sus orígenes sociales y políticos, sino que de los hechos más evidentes en el proceso chileno.

Los personajes

Puedo hablar de los personajes que protagonizaron los sucesos revolucionarios del 4 de junio de 1932, por haberlos conocido a todos personalmente.

Juan Esteban Montero, el presidente derrocado por la sublevación, era mi profesor de Derecho Civil en la Universidad de Chile y pertenecía al ala derecha del Partido Radical. Era un maestro de verdad, de apariencia modesta, que dictaba sus clases en voz muy baja pero que revelaba conocimientos profundos. A la caída de Ibañez se le llevó a la Presidencia de la República precisamente porque no era un político y así los grandes tiburones de la derecha dejaban el campo despejado para el futuro. En realidad, un hombre honrado y sencillo, que resultó la víctima propiciatoria de los acontecimientos.

Marmaduke Grove era, también un hombre honesto y sincero, cuya vehemencia le captó la adhesión entusiasta de los trabajadores. No fué jamás un teórico o un ideólogo, pero llevaba el sentimiento socialista en su sangre. Cuando se fundó el partido pasó a ser su "líder" máximo y le entregó a ese combate el resto de su vida. No fué un militar de casta sino un luchador obrero y popular.

Eugenio Matte Hurtado murió a los pocos meses de haberse fundado el Partido Socialista y ocupaba ya el cargo de senador por Santiago. Abogado de profesión, estudió seriamente la doctrina marxista y fundó la Nueva Acción Pública que fué uno de los pilares sobre los que se edificó el Partido. A él se debe, en gran parte, la primera declaración de principios.

Oscar Schnake Vergara se vinculó, en sus tiempos de estudiante de medicina, a los grupos obreros de orientación anarquista, y fue indudablemente el "organizador", tanto de los acontecimientos revolucionarios del 4 de junio, como, posteriormente, del Partido Socialista. Con gran intuición política situó al partido, desde su origen, en las barricadas de la lucha de clases y con idéntica perspicacia se negó a vincularlo tanto a la Internacional Comunista como a la Internacional Socialista. Cometió errores, sin lugar a dudas, pero supo darle consistencia real a un movi-

miento forzosamente heterogéneo.

Conversé, también, en muchas ocasiones con Arturo Alessandri, a veces por motivos de orden político y, en ocasiones, debido a mi actividad como dirigente gremial de los empleados semi-fiscales. Era el "animal político" por excelencia y aunque servía los intereses de la oligarquía, se cubría con la piel del agitador social que hacía promesas continuas a los trabajadores y a los sectores de funcionarios o de empleados. Durante los sucesos del 4 de junio se agazapó hábilmente y, mientras por un lado estimulaba a Grove (fué famosa aquella frase: no afloje, mi coronel), por el otro conspiraba abiertamente con Dávila para eliminar a ese militar socializante. Así pudo renacer de sus cenizas y regresar al poder a fines de 1932, aunque ya no pudo repetir las veleidades populistas de la década del 20.

La República Socialista modificó profundamente las bases de la lucha política chilena porque evidenció la existencia de un bloque social amplio que no se conformaba con simples conquistas laborales o pequeñas reformas sin trascendencia y porque en su trayectoria se gestó el Partido Socialista de Chile, movimiento de masas que amenazó, desde entonces, la estabilidad del sistema capitalista y el predominio de las clases dominantes. Podríamos decir que el personaje "clave" surgido de la efervescencia popular fué esta organización política nacida ve" surgido de la efervescencia popular fué esta organización política nacida de las propias entrañas del pueblo insurreccionado y no forjada en el modelo o imitación de partidos extranjeros, fueren de derecha o izquierda.

El Partido

No ignoro que está de moda presentar la realidad chilena como un "nuevo escenario" en el cual, por desgracia, has-

ta hoy no logro divisar a los "nuevos actores". Si bien es cierto que no podemos cerrar los ojos ante las modificaciones estructurales y las variaciones en la correlación de las fuerzas, también lo es que no debemos borrar con el codo lo que escribimos con la mano. Y con esto me refiero directamente a la "nueva moda" de menospreciar al marxismo revolucionario en aras de prédicas idealistas y anti-científicas lanzadas al viento por francotiradores que aspiran a verse convertidos, por una pirueta del destino, en jefes políticos de la izquierda. Para evitar este peligro se requiere establecer la conexión entre las readecuaciones estructurales y sus efectos en la superestructura, única forma de liberarse de los románticos teorizantes que la actual coyuntura ha sacado a flote.

El Partido Socialista no es un partido más en la larga secuencia de los movimientos organizados que hemos conocido. Surgió, como hemos dicho, de la entraña misma de un suceso histórico trascendente, es decir, se gestó en el seno del pueblo. No imitó las ideas ni los principios de partidos foráneos ni se inscribió en los cuadros de Internacionales que ya estaban enmarcadas por el dogmatismo o el sectarismo. Señaló desde el primer día su carácter revolucionario y mostró el fracaso histórico de la burguesía nacional, indicando así un cauce para el frente de los trabajadores, coincidiendo con el concepto gramsciano de bloque histórico. Acentuó su desafío al imperialismo y planteó la urgencia de unificar a todos los pueblos latinoamericanos. Asumió la doctrina marxista como una búsqueda constante de posibilidades y caminos para transformar la sociedad burguesa y transitar hacia un régimen socialista. Y jamás pretendió monopolizar la verdad, evadir la controversia, aplastar al pluralismo ideológico, negar la dignidad del ser humano o convertirse en la vanguardia única, arrolladora, excluyente, monolítica y, por lo tanto, anti-unitaria.

La primera República Socialista, por encima de su duración efímera, nos dejó

la herencia de la tolerancia y la comprensión. Ello nos obliga hoy, aunque sea en el "nuevo escenario", a compatibilizar el rigor de la transición al socialismo con la libertad característica de la democracia. No creo que el Partido Socialista pueda ser ignorado en los protagonismos que, tarde o temprano, emergerán en la patria sojuzgada. Por el contrario, creo firmemente que sin el Partido Socialista, no habrá unidad posible ni se fortalecerá la resistencia popular. Pero me refiero, obviamente, al auténtico Partido Socialista, o sea al partido autónomo, nacional, popular, revolucionario, democrático y libre. No a falsificaciones o caricaturas. No a deformaciones o fraudes.

FUENTES:

Fernando Casanueva y Manuel Fernández. "El Partido Socialista y la Lucha de Clases". Quimantú. Santiago. 1973

René Frias Ojeda. "Ubicación histórica del 4 de junio". Santiago. 1939.

Alejandro Chelén y Julio César Jobet. "Pensamiento político del Partido Socialista". Santiago. 1972

Eugenio González. "La crisis chilena". Santiago, 1952

Julio César Jobet. "El Partido Socialista de Chile". Santiago. 1971.

Waiss, Oscar. "Una República Socialista en América Latina". Revista "Historia 16". Madrid. Nº 58. Febrero 1981.

Waiss, Oscar. "¿Como nos duele Chile"! Memorias inéditas.

LA ACTITUD EJEMPLAR DE EUGENIO GONZALEZ

Entre tantas falsificaciones que hoy están en boga, no es la menor el intento de apoderarse de la figura de Eugenio González Rojas, maestro de generaciones, para presentarlo como un vocero del neostalinismo y un fanático del "socialismo real". Por eso publicamos en este número aniversario de la fundación del partido una semblanza de su figura, debida a la pluma del viejo luchador Alejandro Chelén Rojas, y algunos acápites escritos por Eugenio González que señalan con claridad y aún con crudeza su verdadero pensamiento.

Estampa de Eugenio González Rojas
Por Alejandro Chelén R.

LA ACTITUD EJEMPLAR DE EUGENIO GONZALEZ

Fué necesario soportar todo un proceso de descomposición, para que los más jóvenes y algunos de la vieja generación lograsen alcanzar los comandos partidarios con la firme voluntad de imponer nuevos rumbos. Esta nueva etapa iniciada en el XI Congreso celebrado en Concepción en 1946, cuyo desarrollo fué heroico y dramático, destacó a un hombre ya maduro, que en el primer decenio de esta nueva etapa, pasó a jugar un papel decisivo en las filas del Socialismo. Se trata, de Eugenio González Rojas, quien había participado en la fundación del Partido.

Sin duda alguna, Eugenio González ha sido el dirigente más responsable y culto del socialismo chileno y uno de los intelectuales de mayor jerarquía intelectual y moral del país. Perteneció a la generación de 1920 y siempre se mantuvo dentro del campo de los ideales revolucionarios, contribuyendo con su cultura y capacidad al desarrollo y esclarecimiento del pensamiento socialista.

Siendo apenas un adolescente, fué Presidente de la Federación de Estudiantes en la década de 1920. Combatió la dictadura de Ibáñez y fué relegado a la isla de "Más Afuera". En plena juventud participó en la Revolución del 4 de junio de 1932, ocupando el Ministerio de Educación. Antes, al retornar de "Más Afuera", había fundado con un grupo

de ciudadanos la "Acción Revolucionaria Socialista", a través de la cual contribuyó al nacimiento del Partido Socialista, en abril de 1933.

Connotado educador y catedrático, fué Decano de la Facultad de Filosofía y Educación, eligiéndosele, en seguida Rector de la Universidad de Chile. Escritor brillante, de penetrante fuerza expresiva y dramática, sus libros alcanzaron resonancias no sólo por la profun-



Eugenio González (1903—1976)

didad de los temas abordados, sino también por su estilo vigoroso, y atrayente. Su novela, "Hombres", quizás la más lograda entre los cuatro libros de su producción propiamente literaria, describe toda una etapa vivida de la lucha política y social con trazos maestros.

Eugenio González, en 1947, redactó el proyecto de Programa del Partido Socialista, que posteriormente fué aprobado con algunas enmiendas y aportes en una Conferencia Nacional convocada para este objeto, obra maciza por su claridad expositiva y hondura en el análisis doctrinario. En junio de 1948 fué designado Secretario General del Partido Socialista Popular y en marzo del 49 es elegido Senador por la provincia de Santiago. Como jefe del Socialismo, le correspondió dirigirlo, enfrentando la más despiada ofensiva reaccionaria desencadenada por la "Ley Maldita". De los Secretarios Generales que ha tenido el Partido, muy pocos pueden igualársele en espíritu de sacrificio y responsabilidad. En el período en que se desempeñó como Senador, fué el más brillante expositor del ideario socialista.

Muchas diferencias interpretativas pueden existir entre la concepción profundamente humanista de Eugenio González y la de otros compañeros, pero pocos pueden en el socialismo exhibir una consecuencia similar entre su pensamiento y su acción, que la que siempre él demostró. Eugenio González jamás se prestó —por afanes demagógicos u oportunistas— a disimular el concepto que tenía del marxismo. Ha afirmado, con la entereza y responsabilidad que lo caracterizaban que "el socialismo es revolucionario por sus objetivos, porque implica un cambio completo en la estructura de la sociedad capitalista, pero no puede ser dictatorial por sus métodos, por cuanto procura el respeto a valores de vida que exigen el régimen de libertad".

Frente a mediocridades liderazcas de ínfima cuantía teórica e intelectual, que deben su elevación política al fraude demagógico sobre las masas y a ingenio-

sas maniobras de grupos, Eugenio González nunca presionó por destacarse ni en el Partido, ni en la Universidad. Si ocupó en ambos campos un sitio de primera línea fué exclusivamente por su inteligencia y cultura, por sus principios e integridad moral. En el Partido tuvo el mérito singular de haber aportado en plena madurez, a partir de 1946, su capacidad y experiencia a la acción rectificadora de una dirección joven surgida del XI Congreso General celebrado en Concepción.

El suyo es un ejemplo fecundo, que hoy siguen muchos veteranos en las luchas del Partido, que se ubican en las posiciones de vanguardia, cuidando celosamente de que no se desarrollen nuevas tendencias reformistas, que tanto daño hicieron al movimiento popular.

Del auténtico ideario de Eugenio González

"El socialismo encuentra actualmente, en todas partes, como uno de sus principales obstáculos, la acción de los partidos comunistas que, diciéndose propulsores del movimiento emancipador de la clase obrera, no hacen sino servir la política de expansión del Estado soviético. La doble faz que presenta la política comunista introduce la desorientación en los trabajadores: a primera vista no siempre es fácil discernir, en efecto, lo que en ella hay de socialismo revolucionario, de lo que en ella hay de nacionalismo expansionista".

"La Revolución de Octubre tiene, en la historia del movimiento proletario, una significación trascendental. Por primera vez, a través de ella, la clase obrera se apoderó del Estado y emprendió una política tendiente a crear las bases objetivas y subjetivas para la construcción ulterior del socialismo. Esto implicaba la acelerada transformación, a través del proceso revolucionario, de una sociedad todavía semifeudal en una sociedad democrática orientada hacia el desarrollo

de una economía de tipo socialista".

"Sin embargo, la política inicial de socialización del poder económico se fué convirtiendo en una mera estatización que condujo progresivamente a un régimen de capitalismo de Estado, dirigido por una burocracia que ejerce el poder en forma despótica, sometiendo a una verdadera servidumbre a la clase trabajadora. De este modo, los auténticos fines del socialismo, para servir a los cuales se realizó la Revolución de Octubre, se han ido desvirtuando cada vez más en función de una política del Estado que no tiene en cuenta los intereses de los trabajadores".

(Fundamentación teórica del programa del PSCH, 1947. Párrafo 4: La revolución rusa y su regresión).

"La trágica experiencia soviética ha demostrado que no se puede llegar al socialismo sacrificando la libertad de los trabajadores, en cuanto instrumento genuino de toda creación revolucionaria y garantía indispensable para resistir las tendencias hacia la burocratización, la arbitrariedad y el totalitarismo. El sacrificio de las libertades en un régimen colectivista conduce inevitablemente a inéditas formas sociales de carácter clasista y antidemocrático, del todo ajenas al sentido humanista y libertario del socialismo".

(Ibid).

Publicamos estos párrafos auténticos de nuestro ex-Secretario General compañero Eugenio González Rojas como una demostración dirigida a los socialistas chilenos y a los combatientes populares, de la forma como cínicamente se deforma y falsifica su pensamiento por algunos supuestos "historiadores" radicados en México. Si ellos expusieran honestamente las ideas y escritos del líder fallecido perderían la "mesada" que reciben precisamente de las manos que González señaló como irremediamente manchadas. La verdad tiene un precio y

es el de perder los apoyos logísticos de quienes están interesados en pisotearla. Nosotros, socialistas chilenos, hemos pagado conscientemente ese precio, porque creemos en lo que el maestro nos enseñó, o sea pensamos que mantener la independencia de pensamiento y la autonomía política está por encima de pequeños y transitorios intereses.

Nada del verdadero ideario de Eugenio González Rojas se encuentra en los libros y folletos editados por los falsificadores profesionales. Nada. Absolutamente nada. Y, por eso, los desafiamos a publicar en su integridad y sin adulteraciones la "Fundamentación Teórica del Programa del Partido Socialista de Chile". No lo harán jamás, porque ellos no sirven ya a la causa del socialismo revolucionario chileno, sino la del "nacionalismo expansionista".



Dos líderes latinoamericanos: Fidel Castro y Salvador Allende



PRIMER COMITÉ CENTRAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE.

19 DE ABRIL DE 1933.

(1) Hermadique Grove; (2) Oscar Schnake

(3) Salvador Allende

TRES ENFOQUES DEL SOCIALISMO CHILENO

Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Jorge Arrate responden a las preguntas del periodista Víctor Vaccaro.

Nuestro compañero Víctor Vaccaro ha efectuado tres largas y exhaustivas entrevistas a los dirigentes Raúl Ampuero, Aniceto Rodríguez y Jorge Arrate. La extensión de ellas nos impide absolutamente publicarlas en su integridad, pero hemos escogido las respuestas principales para darlas a conocer a nuestros lectores. Las partes publicadas están, como siempre, estrictamente ceñidas al texto original, sin variaciones de ninguna naturaleza.

CUATRO OPINIONES DE RAÚL AMPUERO

El proceso de la convergencia

P.: *Entre las expresiones de la Convergencia movimiento y la Convergencia política de cuatro partidos de la izquierda chilena ¿existen contradicciones?*

Ampuero: En realidad son dos direcciones organizativas diversas, animadas por propósitos absolutamente similares. En cierto modo los partidos han asumido plenamente la necesidad de promover, de ampliar y de desarrollar la Convergencia en lo que tiene de contenido político, en tanto que el Movimiento se ha preocupado fundamentalmente de acercar, de vincular y de integrar a los grupos menores y a las personas que no tienen filiación de partido. Es evidente que tratándose de dos líneas de organización que se han desarrollado con cierta independencia hay zonas de competencia bastante dudosas que originan más de alguna dificultad, en asuntos que deben ser asumidos por el Movimiento o por el Secretariado de Convergencia, y que ambos centros de promoción se sienten competentes para abordarlos. Considero que estas dificultades son naturales, tratándose de líneas de organización que se han desarrollado en forma espontánea, y que tienen vías de solución, en

tanto se integren en un sólo cuerpo orgánico.

Pocas ilusiones sobre la Unidad Popular

P.: *¿Esto cuestiona la vigencia de la Unidad Popular?*

Ampuero: Yo creo que hoy ya nadie se hace ilusiones acerca de la Unidad Popular resucitada, sea en sus formas primitivas, sea con algunas modificaciones. En el hecho esa forma de frente unido está definitivamente muerta. De tal manera que la Convergencia sustituye parcialmente el trabajo unitario que se desarrollaba en la UP. Digo parcialmente porque rearticula la fuerza y los hombres que se mueven al interior del área socialista, pero todavía no tiene una política definida, ni vínculos establecidos con elementos de la izquierda que se sienten ajenos a la Convergencia Socialista, y que probablemente será motivo de las reuniones y relaciones posteriores que celebramos en febrero, en el Comité de Coordinación.

Por otra parte la Convergencia Socialista, es en sí misma, un sistema de alianzas, no al estilo antiguo de pactos bilaterales, formales, producidos desde

el vértice, sino que una alianza producida y soldada fundamentalmente en la base. De tal manera que los partidos que han asumido la responsabilidad de promoverla están operando como partidos aliados, como partidos que constituyen partes de un solo frente de lucha.

P.: *¿Y este nuevo frente es antagónico del que han planteado desde México, por ejemplo, las directivas en el exterior de los partidos Comunista, Radical, M.I.R. y el sector de Almeyda?*

Ampuero: Yo diría que en el ámbito de la izquierda no hay ninguna contradicción que pudiéramos considerar insalvable o antagónica. Hay en estos momentos un proceso de definición del área socialista y de la Convergencia. Hay un proceso de reelaboración de la política de los grupos que se sienten vinculados a la tendencia comunista, de obediencia soviética, pero debe llegar el momento de buscar una síntesis, un acuerdo, porque creo que esos factores son fundamentales para fortalecer la lucha contra la dictadura, porque creo que la izquierda en su conjunto tiene una deuda con el pueblo de Chile, que debe pagar colectivamente y además porque la creación de una sociedad alternativa en nuestro país, requiere el esfuerzo amplio de las capas sociales y políticas más extensas, y sea el PC u otros partidos menores que circulan alrededor de su línea, son factores políticos que tienen una tradición, una historia y un papel que desarrollar todavía en nuestro país.

Concepto del marxismo

P.: *El hecho de que la Convergencia Socialista necesite de un PS reunificado y renovado, plantea la cuestión de la validez de los principios originarios del socialismo y los marcos de la necesaria renovación ¿usted me podría definir en líneas gruesas unos y otros?*

Ampuero: La verdad es que la pregun-

ta es bastante compleja, como para satisfacerla con una respuesta breve. Yo creo que hay cosas en la historia del PS que no solamente merece la pena conservar, sino que son indispensables para garantizar que su presencia en el futuro sea tan positiva como en el pasado. Entre esas condiciones o elementos, señalaría en primer lugar, su vocación autonomista y nacional. El Partido Socialista Chileno, al revés de los Partidos Comunistas formados bajo el modelo de la Tercera Internacional, procuró dar una respuesta chilena a las necesidades de la transformación social de nuestro país, y por otra parte rehusó de modo sistemático y lo hace hasta ahora, toda ingerencia supranacional para dictarle a nuestro país y a nuestra gente una línea política o una definición ideológica. Yo creo que ese es un capital enorme de tipo ya histórico que necesitamos conservar. Creo además, que el PS comprendió muy tempranamente, que los procesos revolucionarios de América Latina, deberían de algún modo, tener cierto grado de vinculación recíproca. Que no había la posibilidad más remota de victoria revolucionaria, en ningún país de este continente, sino existía un cierto grado de apoyo, de solidaridad y de vinculaciones con movimientos similares al otro lado de la frontera de cada país.

Creo que, además, desde el punto de vista ideológico, uno de los primeros partidos, que asumiendo el marxismo como guía en la lucha de clases, en la lucha contra el capitalismo, lo tomó con un sentido científico y crítico, vale decir, no como un conjunto de dogmas, más o menos codificados, sino como un instrumento de análisis, como una filosofía para la acción, entendiendo que la praxis debería aconsejar, en qué medida los viejos postulados debían ser rejuvenecidos y adaptados a situaciones nuevas. Es decir, este marxismo que no se considera una ciencia congelada, sino una ciencia seria,

que evoluciona con el tiempo, con la cultura, con las experiencias nuevas, lo asumió el PS desde su fundación, y creo que sigue siendo uno de sus grandes méritos, para conservar su vitalidad y su juventud.

Opinión sobre el retorno

P.: *¿Qué opina del reciente anuncio hecho por el Gobierno Militar respecto al presunto retorno de parte de los exiliados?*

Ampuero: Yo tengo un juicio bastante severo con respecto a esta iniciativa y creo que en el fondo está inspirada más en salvar la imagen del Gobierno para conseguir algunas ventajas en el terreno internacional, que en reconocer plenamente un derecho, que hasta ahora ha sido negado a los ciudadanos chilenos. En ninguna declaración oficial se reconoce categórica e incondicionalmente este derecho de los chilenos a vivir en nuestra Patria. Todo lo que se ha dicho de la impresión más bien de que se trata de una gracia circunstancial del poder, y que como tal se puede otorgar o negar, o abrogarse el día de mañana. Esto le da un carácter de precariedad que se contrapone absolutamente con los derechos consagrados en las declaraciones de las Naciones Unidas. En segundo lugar me parece que el procedimiento empleado, confirma este carácter arbitrario, discrecional, de los que debería ser el reconocimiento liso y llano, de un derecho absoluto e incondicional. La comisión que tiene que calificar las solicitudes y que de oficio procederá a distinguir entre los exiliados a aquellos "violentistas" de los que no lo son, los buenos de los malos, es una comisión que no da ninguna clase de garantías. Se trata de personas estrechamente asociadas al poder, que carecen de objetividad para apreciar las causas o las justificaciones del exilio, y

que han tenido participación directa y personal, muchos de ellos, en las decisiones punitivas tomadas contra los exiliados, y que se han caracterizado por un exacerbado propósito de venganza contra personas que discrepan ideológicamente del sistema.

Por lo demás resulta bastante absurdo que se exijan declaraciones de fidelidad al régimen a aquellos que quieren volver. Debe tener muchas dudas el propio régimen acerca de su legitimidad, cuando busca en los opositores la oportunidad de que se le reconozca una legitimidad que hasta ahora la oposición le ha estado rehusando. Un régimen que está seguro de su origen puro, limpio, legítimo, no le exige a ningún ciudadano una declaración expresa de lealtad, precisamente porque la seguridad que tiene de su propia autoridad y del origen de su propia autoridad, hace incongruente una exigencia de ese tipo".

LAS DECLARACIONES DE ANICETO RODRIGUEZ

Unidad del Partido Socialista

P.: *¿Cuál es el alcance que le atribuye a la reunión de los tres ex-Secretarios Generales en Roma?*

A.R.: "Esta reunión fue sugerida desde el interior por la organización clandestina del Partido y por numerosos compañeros del exilio. Obedeciendo a esa oferta generosa de miles de militantes dentro y fuera de Chile, es que con los compañeros Raúl Ampuero, Carlos Altamirano y el que habla, nos reunimos en Roma para dialogar sobre la reconstrucción orgánica y política del socialismo chileno, que ahora se encuentra desgraciadamente disperso. La reunión fue muy fraterna, muy valiosa desde el punto de vista de los análisis de tipo teórico, programático y político. Y yo diría

que esa reunión no intentó ni remotamente que nos transformásemos los tres en una nueva cúpula del poder direccional del Partido. Solamente hemos querido contribuir a estimular la voluntad unitaria de los socialistas que ha tomado cuerpo en los últimos dos años y por ello representa una culminación importante de esta voluntad unitaria. En ese documento defendemos el rescate y la vigencia histórica del socialismo chileno y a su vez planteamos la necesidad que el PS se recupere para ser la alternativa posible, real, en la nueva fase de la libertad y la democracia en Chile.

P.: *Se sabe que han habido diferencias entre ustedes en el pasado, ¿cuál es la razón del actual acuerdo y de esta convocatoria unitaria?*

A.R.: Lo primero que hemos tenido presente en esta reunión, es que la carga negativa del pasado no puede proyectarse en estos momentos en el esfuerzo unitario conjunto que hacemos estos tres compañeros que han tenido una significación importante en la conducción del socialismo chileno en los últimos 25 años. Raúl Ampuero más de una vez Secretario General, yo lo fui tres veces, y Altamirano que tuvo una gran importancia en el gobierno de la Unidad Popular. Que hemos tenido diferencias en el pasado, claro que las hemos tenido, como en toda organización política se tiene. Yo diría que el tiempo ha cicatrizado estas diferencias, las ha superado, y lo único que nos preocupa, es cómo entregamos aportes, lo más generosos posibles, a este proceso de unidad y de clarificación de las metas históricas que se traza el socialismo chileno.

P.: *Esta es una iniciativa surgida desde el exterior u obedece a una realidad del interior de Chile?*

A.R.: No cabe duda que es del interior. En Chile se ha creado lo que se denomina el Comité de Enlace Permanente de los sectores y agrupamientos socialis-

tas que han encontrado allí un punto de referencia unitario. En este Comité encuentran cuatro o cinco sectores listos, que se han agrupado allí y en una gran tarea de reconstrucción es nuestro punto de referencia en el exterior. En ese proceso unitario participan los sectores del 24 Congreso, la tibia humanista, el movimiento al socialismo, compañeros de la Coordinación de Regionales y otros grupos modo que hay allí un conjunto bastante amplio y representativo, dentro de términos relativos en que se puede organizar y política en Chile en momentos.

Socialistas sin apellidos

P.: *Algunos de esos sectores y también usted han sido calificados como socialistas. ¿Qué puede decir Ud. a eso?*

A.R.: Nosotros somos socialistas sin apellidos; la verdad de las cosas es que Chile, hemos tenido la virtud, des nacimiento de nuestro partido, de una fuerza autónoma, con independencia ideológica. Nunca hemos pertenecido a ninguna internacional, por siempre estuvimos lejos de la segunda, la tercera internacional. La vida nos enseñó a tener las más fraternales relaciones con todas las organizaciones socialistas avanzadas del mundo en. Apreciamos las experiencias socialistas efectuadas en el transcurso de este siglo donde quieran que hayan ocurrido. Nada sometemos a un padrón ideológico único, no estamos sometidos a un mandato político mundial. En eso hemos sido muy celosos los socialistas chilenos. En el documento de los tres ex-SG tenemos esa autonomía, que debe conservarse a todo trance. La clave del éxito una organización socialista en América Latina es especialmente su originalidad su independencia política. Caer en

mecanismo imitativo, no es un buen negocio político para quienes queremos liberar la empresa de ofrecer una alternativa histórica nueva para cada pueblo de América Latina y especialmente para Chile, en nuestro caso. Esa ha sido la fundamental inspiración socialista, por eso nosotros no estamos adscritos a la Social Democracia Internacional como tampoco a la Internacional dirigida por el "socialismo real". Eso sí que en el exilio, nosotros hemos multiplicado las relaciones internacionales. Tenemos muy buenas relaciones con partidos que pertenecen a la social democracia y con los movimientos liberadores en el mundo. Apreciamos grandemente, por ejemplo, los esfuerzos que hace al Partido Socialista Obrero Español (PSOE), su aporte a la democratización de este país, en la etapa post-franquista. Y parece que están haciendo una oferta novedosa y atractiva ya que han sacado una mayoría tan grande, de más de 200 parlamentarios socialistas. Esto lo hemos examinado con el compañero Felipe González, con quien me une una gran amistad, y él me ha relatado las características centrales de este proceso nuevo que se abre en España, bajo la condición de un partido que nosotros estimamos hermano nuestro, amigo nuestro, como es el PSOE. Igualmente relaciones queremos con los socialistas franceses, los italianos, los griegos, en fin con muchos partidos que pertenecen a la Internacional Socialista. Y ellos entienden nuestra autonomía, nuestra independencia ideológica, y nosotros respetamos su adscripción a un centro tan significativo como es la Internacional Socialista.

P.: *¿Cuáles son los principios del socialismo histórico que según usted mantienen su vigencia?*

A.R.: Todos ellos están ligados al legado de los fundadores, cuando al año 33 dan vida a nuestra organización política. Están en los aportes constantes que

el socialismo hizo en los análisis que estaban enlazados a la realidad nacional y latinoamericana. Están insertados en el programa humanista de 1947, que es una Carta básica que debe rescatarse en el proceso unitario en Santiago, porque allí en ese programa están señaladas las grandes concepciones filosóficas correctas que inspiran al socialismo chileno. Están ligadas como lo decía antes a esta República Democrática de Trabajadores como concepción humanista, democrática, libertaria que son el trasfondo del cuerpo doctrinario de nuestro Partido. Rescatar todos esos valores es una tarea que está también impregnando el proceso de reconstrucción actual del socialismo chileno.

El Frente de Trabajadores

P.: *La concepción del Frente de Trabajadores llegó a asimilarse por algunos, a la Alianza Socialista-Comunista ¿es esa una manera correcta de ver el problema?*

A.R.: Eso es más complejo, porque la verdad es que nunca el Frente de Trabajadores se redujo a una simple alianza de comunistas y socialistas. Nosotros lo planteamos como una política en la cual el grueso de los trabajadores intelectuales y manuales, debía jugar un rol importantísimo en las participaciones y las decisiones de la política chilena. Desde ese punto de vista no se trataba solamente de hacer unidad socialista-comunista, sino que llegase a amplios sectores de trabajadores que estaba más allá de los partidos, para expresarse en la vida social, sindical, cultural y política. Tuviémos siempre presente que en Chile existían dos vertientes de pensamiento: una comunista y una socialista. Yo diría que nos empeñamos los socialistas en fortalecer, rescatar y recuperar las fuentes del pensamiento que inspiró al PSCH. Desde ese punto de vista no cometemos

ningún pecado, cuando queremos rescatar este cuerpo ideológico, en un partido reconstruido orgánicamente. Pensamos que hay realidades que van más allá de los socialistas y los comunistas en Chile. Por ejemplo están las fuerzas socialistas cristianas, que están por el cambio en América Latina, que tienen un vigor extraordinario, y con quienes se produce la convergencia del humanismo cristiano con el humanismo socialista. Hay, entonces, una alternativa, un discurso político absolutamente nuevo, que recoge todas estas expresiones, que están en el pensamiento cristiano, en el pensamiento marxista o más allá de ambos, en el pensamiento laico, democrático y libertario, que puede realmente unirse junto a esta expresión o vertiente del pensamiento que ha inspirado al tronco histórico de nuestro Partido".

JORGE ARRATE LLAMA A SUPERAR EL PASADO

Hay que asumir la experiencia

Pregunta: *La izquierda chilena y el socialismo chileno específicamente han enfrentado un proceso agudo de crisis. De la crisis ha surgido la llamada "Convergencia Socialista", proceso en torno al cual se aglutina una parte de la izquierda. Sus sostenedores caracterizan a este proceso, entre otros rasgos, como un proceso de "renovación". ¿Cómo entiende Ud. esta "renovación"?*

Arrate: La "Convergencia Socialista" es un proceso en desarrollo que aspira a reconstituir a los trabajadores y capas subordinadas del pueblo como sujeto político y social protagonista. Su objetivo es reimplantar la idea socialista en la sociedad chilena, en el marco de un proyecto de largo alcance, profundamente transformador, y cuyas bases ideales se conformarán por el encuentro y desarro-

llo de todos aquellos valores e ideas comunes al socialismo marxista y libertario y al socialismo de inspiración cristiana. Plantearse el proceso de "Convergencia Socialista" como objetivo principal de acción implica ya una perspectiva de renovación. Renovar significa reconocer los cambios efectivos producidos en la sociedad chilena en el último decenio y asumir la experiencia de lucha por sus derechos que han vivido en estos años las bases del movimiento popular. Renovar significa extraer las enseñanzas profundas de la experiencia de la izquierda en el último cuarto de siglo y ser capaces de actuar en consecuencia. Renovar implica participar en el importante debate teórico desarrollado en el movimiento obrero internacional y recoger su contenido antidogmático y democrático, su espíritu crítico, su afán de reivindicación de la idea socialista. Renovar significa plantearse una vía propia para una transformación profunda de la estructura social, política, económica, cultural y moral de Chile, que rechace las deformaciones autoritarias y burocráticas que han caracterizado la mayor parte de las experiencias socialistas realizadas hasta ahora.

La renovación es cambio, es novedad, pero también —me parece indispensable reafirmarlo— es rescate de un pasado muy rico en ideas y experiencias. Desde la perspectiva del socialismo histórico, en la que me inscribo, muchas de las ideas "renovadoras" están ancladas en la historia del socialismo chileno, en los planteamientos de sus fundadores en 1933, en el ideario humanista, autónomo y auténticamente democrático contenido en el Programa de 1947 elaborado principalmente por Eugenio González, en la aspiración profundamente libertaria que caracterizó la utopía de Allende. Renovación y rescate deberán fundirse en una síntesis entre el pasado con que nos identificamos y el futuro que avizoramos venturoso.

Creo que todas las tendencias participantes en la "Convergencia Socialista" reivindican legítimamente su pasado his-

tórico y aspiran a contribuir a un nuevo proyecto de futuro. La Convergencia habrá de ser una síntesis superior de corrientes diversas pero confluyentes de pensamiento y de acervos, de patrimonios ideales, de identidades grabadas en la memoria popular, y de aspiraciones de porvenir nutridas del presente y sus tendencias.

No hay que caer en el dogmatismo

Pregunta: *Ud. reivindica el pasado socialista como aporte al proceso de "Convergencia". Sin embargo, en la división del Partido Socialista de 1979 Ud. criticó a un sector de ese Partido por sus esquemas teóricos ortodoxos, su proximidad al Partido Comunista y su abandono de ciertos elementos que Ud. estimaba básicos en el ideario socialista. ¿Qué pasado socialista reivindica? ¿Todo o una parte?*

Arrate: Reivindico y me reconozco en el conjunto de la historia socialista. Nada de ella me es ajeno. Ni sus grandes aciertos históricos ni sus errores o deformaciones. Ello no obsta a que en un momento determinado constituya una obligación el expresarse críticamente sobre ciertos aspectos del propio pasado. No implica negarlos sino superarlos. En este sentido, creo que el socialismo de los fundadores de la década del 30 y de los reconstructores partidarios de la década de los cuarenta y cincuenta, sufrió en los decenios siguientes una paulatina tendencia a rigidizar las bases teóricas, a dogmatizar el ideario socialista, a arriesgar su autonomía frente a corrientes y centros ideológicos internacionales, a adoptar moldes externos para definir su acción. Respeto la legitimidad de esas ideas y reivindico para ellas un espacio democrático, pero no las comparto y creo que son más propias de la corriente histórica comunista que de la tradición socialista. Su desarrollo en el seno del Partido Socialista tuvo consecuencias no

insignificantes en la actuación partidaria durante la experiencia de Unidad Popular. Referirse a ello con la extensión y profundidad adecuadas sería largo.

Los errores pueden corregirse

Pregunta: *¿No cree acaso posible superar esas diferencias y reconstituir el viejo Partido Socialista?*

Arrate: Como muchos —creo que la mayoría inmensa de los socialistas— me anima un gran espíritu de unidad. Los errores pueden corregirse, por una y otra parte, y las diferencias pueden superarse a través de la crítica y el debate. Si así ocurriera sería un gran aporte, al futuro democrático de Chile. Se trata, claro, de lograr consensos sobre la base de principios, no de la pura nostalgia. Lo primero es fuerza para la acción. Lo segundo es sólo artificio, reproducción de una conflictualidad latente que conduciría a una paralización debido a las luchas intestinas no resueltas. En todo caso, es un problema que debe abordarse y resolverse fundamentalmente en Chile. Y allí las generaciones más jóvenes deberán tener una palabra fundamental.

Pregunta: *¿Por qué sólo los jóvenes? No cree, por ejemplo, que puede tener importancia la reciente Declaración unitaria emitida en Roma por Altamirano, Ampuero y Rodríguez, ex Secretarios Generales del Partido Socialista?*

Arrate: No he dicho que sólo los jóvenes. Atribuyo la máxima importancia a la Declaración que Ud. menciona. Es un referente significativo para todos los socialistas y, especialmente para las jóvenes generaciones.

Pregunta: *¿No cree que un proceso de reunificación como el allí planteado está en contradicción con la idea de la Convergencia Socialista?*

Arrate: De ninguna manera. Lo expresa, además, la propia declaración. La Convergencia Socialista es un proyecto estratégico, de largo aliento. Mientras más masiva y convencida sea en él la participación socialista histórica más

fuerte será la Convergencia. Creo que las otras fuerzas que participan en la Convergencia así lo entienden.

Pregunta: *¿Cómo ve Ud. el futuro de Chile?*

Arrate: Prefiero responderle cómo lo deseo. Deseo un Chile donde todo ciudadano pueda expresarse libremente. Donde impere una real democracia política. Donde la profundización de esa democracia la haga extensiva a todos los planos de la vida social, de modo que se satisfagan las justas demandas materiales de los desposeídos, los postergados y los discriminados. Donde se construya un modo de convivencia que suprima los privilegios y cree las condiciones espiri-

tuales para la más libre expresión de las ideas, las creaciones artísticas y las inquietudes culturales. Donde los derechos humanos sean respetados plenamente. Donde todo chileno participe en la determinación de su forma de vida individual y social. Donde haya esperanza para el que nace, libertad para el que crece y se desarrolla, seguridad para el que envejece. Donde se acoja al perseguido y se le otorgue refugio, asilo y afecto. Donde no hayan exiliados.

Pregunta: *Si se le permitiera, ¿volvería Ud. a Chile, después de más de nueve años en el exterior?*

Arrate: Volvería ayer, si me fuera posible.



Foto tomada en el jardín de la casa de Allende en Santiago de Chile en la calle Guardia Vieja nr. 385, en el año 1960. De izquierda a derecha: Salvador Allende Gossens, al centro doña Laura Gossens, madre de Allende, y a la derecha el único hermano de Allende, Alfredo Allende (abogado, fallecido en 1965).

ANALISIS

MARX: CENTENARIO DE SU MUERTE

Enrique Sepúlveda

El autor en este trabajo es uno de los más antiguos marxistas chilenos y milita, actualmente, en el Partido Socialista de Chile. Al cumplirse cien años del fallecimiento de Carlos Marx, nos complace publicar estas líneas de admiración y de recuerdo.

El cementerio de Highgate, en Londres, conoce el abandono. En este sombrío tiempo de la señora Thatcher, no ha encontrado un rematador capaz de utilizarlo como terreno para construir departamentos modernos. La crisis habitacional es tan abrumadora como la cesantía o la miseria de los barrios pobres de la antigua ciudad, donde se amontonan millones de seres humanos, llegados allí desde la periferia del imperio o desde su desgarrada entraña social.

Un antiguo compañero fué allí, en busca de la tumba de Marx, a fines de 1982. Tuvo dificultades para reconocerla: por el abandono, por la obra del tiempo, por la ausencia de flores y la alta invasión de las piadosas yerbas.

Nuestro viajero sentimental asistió, a poca distancia del viejo cementerio, al espectáculo verde y floral de los jardines de la Embajada de la Unión Soviética, bajo el cuidado —en ese minuto— de 3 o 4 jardineros afanados...

¿Signos del tiempo ciego? ¿O de una época en que los polizontes de la vieja Europa y los prohombres de las clases dominantes del imperialismo mundial, con la complicidad culpable de los burocratas que han embalsamado a Lenin y a Marx, tratan de olvidar "el fantasma del comunismo"? ¿O de sepultar sus ideas para mejor preparar una guerra atómica enfilada a destruir la humanidad?

Emergiendo de la tierra, más allá del pasto, el vigoroso rostro pétreo de Marx,

como el de la Esfinge, conserva intacto el misterioso soplo de vida y de pasión con que lo singularizó el escultor. Hacía abajo, como hundiendo el busto en una profunda raíz, a modo de simplificación, el irreductible llamado: "¡Proletarios de todos los países: UNIOS!".

¡Extraño olvido!

Porque durante un siglo —a contar del 14 de marzo de su muerte en 1883— su nombre y sus ideas traspasan el estrecho círculo de Highgate y viven en la memoria de los hombres de todo el orbe, siempre empeñados en la lucha por su emancipación, por "el derecho a sufrir como hombres y no como bestias", a caminar a la raíz misma de sus problemas para alzarse a una lúcida conciencia. En suma, para proseguir la lucha prometeica por encontrar la relación dialéctica entre "el espíritu y el mundo", que el genio de Treveris emprendió desde los tempranos días de su inquietud juvenil, alentado por Hegel y su método dialéctico. Que es la llave maestra para abordar los problemas que agitaban a la Alemania rebelde y progresista de esa época: el de la relación entre el pensamiento y el ser, entre el espíritu y la realidad, entre el hombre y su medio, abordados a los 23 años en su tesis de doctorado: "Diferencia entre la filosofía de la naturaleza de Demócrito y la de Epicuro".

Se ha dicho, no sin razón, que Marx camina, entre 1818 y 1841, a la "búsqueda de sí mismo". Hegeliano a los

20 años, llega a la conclusión singular —que no abandonará hasta su muerte— de que “ser radical es ir a la raíz de los problemas, y que esa raíz es el hombre mismo”. Su tránsito posterior y su radicalismo comunista, su descubrimiento de que la mercancía contiene el valor y el plus valor y encubre el secreto de una relación conflictiva y desigual entre los hombres, constituye una afirmación profundizada de este pensamiento básico, que rechaza la “relación entre las cosas” para asomarse a su raíz, que es el hombre mismo... ¿Es extraño que los marxistas revolucionarios nos reclamemos del “humanismo” de Marx al combatir al mundo cosificado y alienado, así como la esterilización doctrinaria y escolástica con que el stalinismo ha pretendido aplastar la esencia dialéctica (cambiante y transformadora), del ser humano en su relación con el mundo real?

Marx no llegó a la lúcida conciencia de sí y del mundo de su época gracias a una intuición genial, ni recibió las tablas de la Ley para entregarlas a la clase obrera. Ni buscó en la “doctrina” del saber absoluto (la RAZON absoluta hegeliana), la fuente viva de sus ideas. Debó caminar paso a paso, cambiar sus puntos de vista, evolucionar al paso de los hechos y de los acontecimientos, al tiempo que emprendía el arduo trabajo de acumular conocimientos y de escurrir la realidad.

La siembra y la lucha

La llegada de Marx a Bonn, para estudiar Derecho, es precedida por su conocimiento en Treveris de los enciclopedistas, por sus simpatías hacia el movimiento liberal renano, por su afición al estudio del latín, del griego y del hebreo. Su afán de conocimientos prosigue en la Universidad, donde estudia literatura, mitología clásica e Historia del Arte, enriqueciendo su saber con lecciones de inglés e italiano.

Hegeliiano de izquierda y liberal avanzado, combate la represión absolutista

de Federico Guillermo IV y llega a dirigir “La Gaceta Renana” entre 1841 y 1843. Su aproximación a una concepción “comunista” ocurre entre ese año y 1845. En los “Anales Franco-alemanes” (1844) apunta: “Es evidente que el arma de la crítica no sabría reemplazar la crítica de las armas; la fuerza material no puede ser derribada sino por la fuerza material: pero la teoría se cambia también en fuerza material desde que ella penetra en las masas”. Ese mismo año, en la “Crítica de la filosofía del Derecho de Hegel”, sostiene: “... es la sociedad quien condiciona el Estado y no es el Estado la llave de la sociedad. No se trata de transformar el Estado mediante reformas políticas, sino transformar en profundidad esta sociedad burguesa, cuyo fundamento es la propiedad privada”. Desde febrero de 1844 vive exiliado en París, y allí enriquece su espíritu con la amistad de Enrique Heine, así como sus relaciones con Proudhon y Bakunine. De esa época viene su amistad con Engels y los “Manuscritos de 1844”, así como la publicación de “La Santa familia”. En contacto con socialistas y comunistas franceses se asoma a la lucha de clases en Francia y se siente obligado a comenzar una amplia crítica de la economía política burguesa.

El año 1845 termina “con el ajuste de cuentas” de Marx y Engels con la filosofía clásica alemana y sus “concesiones” idealistas. La “Ideología Alemana”, arrojada a la crítica roedora de los ratones (publicada solo en 1932!), levanta la bandera del materialismo histórico, de la concepción de la praxis y postula que no basta interpretar el mundo... sino que hay que transformarlo.

Frente a la realidad del capitalismo en ascenso, ellos afirman que, EN ÚLTIMA INSTANCIA, son determinantes en la marcha de la sociedad las relaciones sociales de producción. Pero la evolución del pensamiento humano, así como su capacidad de transformar el mundo, constituyen el demiurgo de la revolución social. Voluntarismo, como mo-

tor de la concepción de la praxis en cuanto ecuación dialéctica entre el espíritu y el mundo, teniendo cada cual su realidad propia e independiente”...

Ha sonado la hora, para Marx y Engels, de cambiar “la camisa sucia”. La “Ideología Alemana” da cuenta de la madurez teórica, de su ajuste de cuentas con el pasado reciente, de la buena inteligencia con ellos mismos.

La hora proletaria y la revolución.

Algo ha cambiado en esos años. En la entraña del capitalismo en desarrollo y de la clase burguesa, ha aparecido su “negación histórica y dialéctica”. Es el proletariado, en cuanto clase joven y en ascenso, decidido ya a desprenderse de sus sueños utópicos de la primera hora. La nueva realidad social, que la teoría había señalado y aprehendido, está formada en Europa mediterránea por los obreros ingleses, alemanes y franceses, día a día más dispuestos a “ajustar cuentas”.

Decididos a “transformar” el mundo, y no sólo a interpretarlo, Marx y Engels organizan el “Bureau Internacional Comunista de Correspondencia”, superan la Liga de los Justos y dan forma a la “Liga de los Comunistas”, al tiempo que dan un paso adelante con la publicación de la “Miseria de la Filosofía”, obra en la cual libra combate con el utopismo pequeño burgués de “La filosofía de la Miseria” de Proudhon.

Ocurre entonces la crisis cíclica de 1848. Y la joven clase obrera alemana se lanza a la lucha insurreccional de masas en Colonia, en Viena, en Berlín, reclamando un puesto bajo el sol y planteando exigencias democráticas que la burguesía democrática defiende en palabras, pero que es incapaz de obtener mediante una acción audaz e intransigente.

Encargados por el Comité Central de la Liga de los Comunistas de redac-

tar (1847) su PROGRAMA, escriben el “Manifiesto Comunista” que es publicado en 1848. El “Manifiesto” no es, propiamente, una obra de divulgación. Fundándose en la realidad “objetiva” de la lucha de clases expone los objetivos básicos y la estrategia revolucionaria del proletariado. “El fin inmediato de los comunistas —dice— es el mismo de todos los partidos proletarios: constitución del proletariado en clase, derrocamiento de la dominación burguesa, conquista del poder político por el proletariado...”.

Por su magnitud y por sus objetivos es una obra fundamental del socialismo científico. Vale decir, del marxismo. Constituye la expresión teórica y el medio práctico del combate revolucionario de la clase obrera internacional. Válido para toda la época del capitalismo, es un documento permanente de consulta y de guía para la acción de todos los trabajadores manuales e intelectuales que siguen la larga y abrupta lucha por la transformación socialista y revolucionaria de la humanidad.

“La Nueva Gaceta Renana”, publicada en Alemania durante el tiempo de la revolución de 1848, bajo la dirección de Marx, precede la hora del retroceso y de la derrota que lo arrojará al largo exilio. En 1850 analiza las grandiosas jornadas francesas de 1848 en su libro “La lucha de clases en Francia”, donde pone de manifiesto la traición de la burguesía democrática republicana, hace resaltar la importancia de los objetivos democráticos de la revolución y asegura que ellos solo podrán ser llevados a cabo por el proletariado alzado frente al viejo mundo. De modo que la idea de la “revolución permanente”, queda inscrita en su rico aporte teórico. Allí estampamos esta conclusión maciza: “... El proletariado —dice— se agrupa de más en más, en el socialismo revolucionario, en el comunismo, para el cual la burguesía ha encontrado el nombre de Blanqui. Ese socialismo es la declaración de la revolución permanente, de la dictadura de clase del proletariado, considerada

como punto de transición hacia la abolición de las distintas clases en general, hacia la abolición de todas las relaciones de producción sobre las cuales ellas reposan, hacia la abolición de sus relaciones sociales que corresponden a esas relaciones de producción, hacia la destrucción de todas las ideas que derivan de esas relaciones sociales...”.

Ese mismo año, en la “Carta del Comité Central de la Liga de los Comunistas”, liquida toda ilusión en la burguesía democrática, cuya cobardía e impotencia quedó demostrada en las jornadas de 1848, dedicando a sus militantes la lucha por:

1. La organización política independiente del proletariado.

2. Su unión, en los levantamientos, con la pequeña burguesía, pero a base de una desconfianza y vigilancia clasista con respecto a ella.

3. El establecimiento, al lado del gobierno oficial, de “gobiernos obreros revolucionarios”, bajo la forma de consejos municipales, de clubs y comités de obreros armados.

Expulsado a Inglaterra, despojado de su nacionalidad alemana, Marx pierde la esperanza en una revolución “a corto plazo”. Comienza, entonces, el largo periplo amargo de su existencia, de sus estudios profundizados en economía política. Comienza una y otra vez sus trabajos acerca de una “Crítica de la economía política”. Trabaja sobre la mercancía y la circulación monetaria. Termina cinco cuadernos sobre la transformación del dinero en capital. Termina su “Crítica” y, en 1967, finaliza el primer tomo de “El Capital”.

Eso años son fecundos. Pero es la miseria material, el hambre y las enfermedades para su familia, la muerte de sus hijos, la cuna de sus trabajos de investigación. La ayuda de Engels fue un alivio fraternal, ya que sus trabajos en la prensa norteamericana e internacional apenas le dan para comer. Cuando Engels, bien entrada la década del 60, abandona la fábrica de su padre y transforma su ayuda en algo substan-

cial y seguro, la pobreza y el desgarramiento familiar constituyen una constante que se aleja.

En 1964 se compromete en la creación de la Asociación Internacional de Trabajadores, la Primera Internacional, que alcanzará 8 años de existencia. Uno de los primeros saludos que reciben los comunistas de París, está redactado por Marx y por la Asociación. Su libro, “La Guerra Civil en Francia”, es una exaltación brillante de la revolución obrera de 1871, de su audacia plebeya, y afirma que los trabajadores galos “han tratado de tomar el cielo por asalto”...

La construcción de un gran Partido obrero en Alemania concentra su interés durante la década del sesenta. Sus consejos, su constante trato con sus líderes más destacados, culminan con la publicación del “Programa de Gotha. Crítica del Programa del Partido Obrero Alemán”.

Su libro “El Capital”, publicado en 1867, y el “Manifiesto”, caminan más allá de los cenáculos intelectuales para transformarse en guía teórica y práctica de millones de obreros que, años más tarde, darán forma a la II Internacional.

Durante estos años, su inquietud no se apaga. Aprende el español, y más tarde, el ruso. Se sumerge en la lectura de la historia de la Roma Antigua, de Polonia y de Rusia. Su correspondencia con Engels, Kugelmann, Weydemeyer y Lasalle, así como sus 350 artículos en el “New York Tribune”, forman una montaña.

Sin embargo, su obra tiene el sello de lo inconcluso, de lo “no acabado”. No termina sino el Primer Tomo de “El Capital”, Y deja a Engels los manuscritos muy elaborados en los Libros II y III, así como muchas notas —con su letra casi ilegible— para el IV.

Marx, pese a sus epígonos, no ha dicho “todo”. Completamente ajeno a los “letrados” serviles a sus ideas, dijo una vez que “no era marxista”... Su pensamiento tiene una génesis, una evolución contradictoria y viva, está —en gran parte— limitado por su propio tiempo his-

tórico. Va tomando su forma a través de un laborioso proceso que se extiende, que se amplifica y se profundiza sin cesar. Nada parece más alejado del dogma y del “saber absoluto” que su pensamiento siempre abierto a los hechos y a las experiencias, a las enseñanzas siempre renovadas por la “praxis”. Es una aproximación de tipo genético, evolutivo, dialéctico, al proceso vivo del hombre sobre la tierra y el mundo.

Sus diversos y sus más importantes biógrafos (Franz Mehring, Riazanov, LeFebvre, etc), colocados frente a realidades distintas, o partiendo de una concepción singular, no han logrado presentar a Marx y al marxismo “vivo” a través de una sola y misma visión, como si el agua del viejo río de Demócrito, corriente abajo, hablara el lenguaje varío y simple de lo que sucede, de lo que pasa, de lo que no se detiene y que —pese a todo— “no cambia”. O que va arrojando en el camino la hojarasca muerta de todo lo alienado, de lo que pasa a convertirse en categoría congelada, en dogma conservador. De todo aquello que no es “el camino ni la vida”, pero que no niega “la verdad”, es decir, la ley oculta que explica y gobierna el acontecer y que es susceptible de una racionalización condicionada por la circunstancias de tiempo y lugar.

Expresión profunda de un vasto movimiento histórico de los proletarios, de los desposeídos y explotados por el capital, camino renovado de las masas trabajadoras en busca de su liberación, el marxismo conoce ya el ancho mar de las fomas congeladas de su falsificación, de los apóstatas, de los “doctores” de la Ley, del Sanhedrín de Moscú, tal como los ha conocido por siglos el cristianismo original, de la primera hora revolucionaria.

Ley de la historia, tal vez. Pero fracaso del hombre para vencerse a sí mismo, para llegar a su raíz entrañable, para transitar desde ahí hacia su lúcida conciencia emancipadora, que Marx buscó con apasionada audacia.



Salvador Allende en 1971

LA POLITICA INTERNACIONAL DEL PARTIDO SOCIALISTA DE CHILE

(Análisis histórico y premisas sobre la situación actual)

Belarmino Elgueta

Damos a conocer la primera parte de una conferencia dictada por Belarmino Elgueta, el 4 de diciembre de 1982, en la Casa de Chile, de ciudad de México, durante la cual sintetizó con claridad la línea internacional del partido. Obviamente, nos es imposible publicar el texto íntegro, que no ha sido remitido por el autor, debido a su extensión. Esta exposición es valiosa en estos días de conmemoración del 50º aniversario de la fundación de nuestra organización política.

El mundo contemporáneo se caracteriza por la vigencia de un proceso de transformaciones muy rápidas y profundas en las sociedades. Los ámbitos de este proceso son difíciles de resumir en una breve exposición. No obstante, cabe anotar que ellos se refieren a los cambios que tienen lugar, respectivamente, al interior del capitalismo y del campo socialista, a los términos de las relaciones con los países subdesarrollados y dependientes con el capitalismo internacional y la comunidad de países socialistas y a las luchas de clases al interior de cada país y su articulación con los procesos externos.

Ningún aspecto significativo de la vida social escapa hoy a ese proceso de transformaciones. Las dimensiones nacionales tienden a ser sobrepasadas por las condiciones crecientemente extendidas de internacionalización e interdependencia, las cuales se expresan en el desarrollo de grandes acontecimientos que conmueven a todo el orbe y llevan en su seno los gérmenes de un proceso de mutaciones que hará saltar en añicos la realidad actual. Estos acontecimientos se interrelacionan y, por lo tanto, afectan por igual a las sociedades capitalistas y socialistas.

No es posible mencionarlos todos, pero hay algunos tan significativos como quiera que se encuentran en la raíz de este proceso que vivimos. Nuevos esquemas de división internacional del traba-

jo de incalculable trascendencia se abren paso, recursos naturales no renovables se constituyen en factor estratégico decisivo, gigantescos avances tecnológicos se adelantan a afrontar los desafíos a la sobrevivencia de una población siempre creciente, patrones de muy distinta significación social buscan sustituir a los ya agotados en el capitalismo, la erradicación casi completa de las dominaciones coloniales suma nuevas sociedades a la resistencia contra las formas neocolonialistas de dominación.

En medio de los interrogantes sobre el destino histórico próximo del conjunto de las sociedades subdesarrolladas, crece progresivamente la resistencia y la lucha social, ante la contradicción ostensible entre los avances materiales que se sustentan en desarrollos científicos y técnicos impresionantes y la persistencia de la pobreza, el hambre, la explotación y la marginación de enormes masas de población. Correlativamente, en el marco de este gigantesco conflicto, tienden a redefinirse en los hechos los conceptos de libertad, autodeterminación, soberanía, democracia, derechos humanos y sociales.

Esta es en suma la problemática de las postrimerías del siglo XX, fase superior de un proceso que tiene sus antecedentes en dos guerras mundiales, las crisis del sistema capitalista, el auge y caída del fascismo y el ciclo de las grandes revoluciones sociales. El Partido Socialista

nace precisamente en el vórtice de este proceso mundial, en el ojo de la tormenta, como son los confines de la tercera década de la presente centuria, por lo que tiene que enfrentar creativamente aquellos grandes hechos que sacuden al mundo y anteceden a los actuales. A dicha manera de abordarlos, desde el punto de vista internacional, se refiere esta exposición.

El Partido Socialista entra en escena, en efecto, antes que se desarrolle el actual sistema internacional, si bien a partir de la revolución rusa en 1917 emerge una contradicción político-ideológica entre la Unión Soviética y Estados Unidos, entre el socialismo y el capitalismo, que en el transcurso de los años se convertiría en el sistema bipolar, que hoy se prolonga a través de la distensión. Por lo mismo, cualquier análisis de los alineamientos de la política internacional del socialismo chileno debe remontarse a sus orígenes.

Estos alineamientos son muy constantes y guardan la debida congruencia con su autonomía política. Ha sucedido así porque el análisis de la realidad se ha hecho siempre a partir del interés nacional, sin sujeción a recomendaciones exteriores (centros políticos). Para exponer esta política internacional del Partido Socialista utilizaremos, con fines didácticos, la clasificación de los conceptos externos aplicable a los países latinoamericanos, propuesta por algunos analistas. Ellos son el contexto de las potencias centrales, el contexto regional y el contexto contiguo o fronterizo.

Este análisis se limitará sólo hasta 1973 por razones que parecen obvias. El Partido Socialista existió orgánicamente hasta el golpe militar de ese año, entrando con posterioridad en un proceso de desintegración por la acción represiva de la dictadura y una crisis de identidad teórica y continuidad histórica. Esta crisis se expresa también, como es natural, en lo que fué su política internacional, donde algunos grupos que se disputan la representación del partido han renunciado al elemento fundamen-

tal en esta materia: la autonomía. No obstante, el análisis puede extenderse, por cierto, pero requeriría más tiempo del que prudentemente debe ocuparse en esta exposición. El compromiso queda pues pendiente.

EL CONTEXTO DE LAS POTENCIAS CENTRALES

La Segunda Guerra Mundial

Este periodo corresponde al desarrollo concatenado de una serie de acontecimientos internacionales de la más alta importancia histórica. De 1939 a 1945 se produjo la segunda guerra mundial, registrándose la celebración del pacto nazi-soviético, la caída de gran parte de Europa bajo la férula de Hitler, la sorpresiva invasión de Alemania a la Unión Soviética, el ataque de Japón a Pearl Harbour, la incorporación de Estados Unidos a la guerra y la derrota final del eje Berlín-Roma-Tokio.

Todos estos acontecimientos generaron una compleja problemática que tuvo una influencia decisiva en la política internacional de Chile y, particularmente, en las relaciones socialista-comunistas, debido esto último a la línea enteramente supeditada a las exigencias del estado soviético de la sección chilena de la Tercera Internacional. El Partido Socialista adoptó una posición antifascista desde muy temprano, incentivada por la guerra civil española, manteniéndola en forma invariable, independientemente de los alineamientos de otros partidos.

En política internacional, las líneas preconizadas por socialistas y comunistas en Chile son por lo general divergentes. La más violenta ruptura entre ambos partidos se produjo precisamente a raíz del pacto de no agresión celebrado por la Unión Soviética y la Alemania nazi el 22 de agosto de 1939. En declaración pública de 20 de septiembre del mismo año, el Partido Socialista conde-

nó dicho pacto que, mediante un protocolo secreto, permitió a la Unión Soviética aproximarse a las fronteras del oeste que tenía el imperio zarista.

El pacto nazi-soviético demostró que la prioridad de la Unión Soviética como "potencia tradicional" respecto a la Unión Soviética como "estado socialista" se hizo indiscutible. Este hecho destruyó a su vez la validez de la ecuación "defensa de la URSS" es igual a "defensa del comunismo". Este pacto, por otra parte, lejos de evitar la guerra en Europa, la desencadenó el primero de septiembre del mismo año, con la invasión simultánea a Polonia por alemanes y rusos.

Ante esta conflagración, el gobierno del frente popular, presidido por Pedro Aguirre Cerda, mantuvo la neutralidad de Chile. No obstante, el Partido Socialista planteó poco después la ruptura de relaciones con los países fascistas. Muerto el presidente Aguirre y ante las vacilaciones de su sucesor —Juan Antonio Ríos— presionó una y otra vez para que el gobierno se alineara junto a las fuerzas antifascistas. El Partido Comunista apoyó esta posición sólo cuando Alemania invadió a la Unión Soviética el 22 de junio de 1941. Por fin, el gobierno de Juan Antonio Ríos rompió las relaciones diplomáticas y comerciales con los países del eje en 1943, declarando el estado de guerra con Japón en 1945.

En este mismo periodo, la Unión Soviética disolvió la III Internacional como garantía hacia las naciones capitalistas aliadas de que no se intentaría ninguna acción revolucionaria. Correlativamente, preconizó en el orden interno la política de unidad nacional, que suponía la paralización de las luchas reivindicativas de los trabajadores y la prohibición de la interrupción de las actividades productoras, para impedir el debilitamiento del esfuerzo bélico en contra de los enemigos.

La disolución de la Internacional Comunista fue interpretada críticamente por el Partido Socialista. Consideró que dicha decisión suponía el reconocimien-

to de la validez de la autonomía sostenida desde su fundación, sin menoscabo de una política revolucionaria permanente. Por eso, expresó su esperanza de que el Partido Comunista chileno y, en general, todo el movimiento comunista orientaran sus luchas con mayor fidelidad a los intereses de sus propias clases obreras, superando las desviaciones crónicas de su competidor en el escenario nacional.

Por el mismo tiempo, el Partido Socialista hizo un exhaustivo análisis de la situación internacional. (1) La guerra ya se había extendido a todos los continentes, con la abierta participación de Estados Unidos y la Unión Soviética en el mismo frente. Este análisis puso énfasis, por una parte, en la unidad latinoamericana como una forma de superar la debilidad de cada uno de estos países, principalmente productores de materias primas y supeditados a los intereses imperialistas, y propició, por la otra, la ruptura de relaciones con las potencias agresoras del eje fascista.

Las perspectivas internacionales de este análisis eran lúcidas. El triunfo militar del fascismo traería consigo el aplastamiento definitivo, por toda una época histórica, del movimiento obrero y el retroceso social más espantoso. En cambio, la victoria de la entente entre los países del capitalismo anglo-norteamericano y la Unión Soviética ofrecería perspectivas más favorables para el progreso de la humanidad. Ante una Europa agotada, se alzaría una Unión Soviética poderosa, enfrentada al imperialismo norteamericano.

El Partido Socialista visualizó nítidamente entonces la relevancia que adquirirían los movimientos de liberación nacional y social. De la derrota del fascismo surgirían, en efecto, nuevas condiciones en la lucha por la libertad de los pueblos oprimidos y la conquista de las reivindicaciones sociales, económicas y políticas de los trabajadores. Estas tesis previeron, pues, el proceso de descolonización y el segundo ciclo de revoluciones sociales. En los años siguientes, el

partido dirigió su mirada hacia los países de la región del Pacífico en la perspectiva de lo que, en nuestros días, se consideran las relaciones sur-sur.

La postguerra y la guerra fría

Finalizada la segunda guerra mundial con la victoria de los aliados, se creó la Organización de las Naciones Unidas como instrumento destinado a resolver los conflictos internacionales y a preservar la paz. Pero ella no pudo cumplir con tan plausible fin como quiera que a la guerra caliente sucedió la guerra fría; a la guerra mundial, las guerras locales. Este proceso fué el resultado de la nueva correlación de fuerzas surgida en el mundo de postguerra.

No es propósito de este análisis pasar revista a los acontecimientos históricos que marcaron la disputa entre la Unión Soviética, de una parte, e Inglaterra y Estados Unidos, de la otra, por el control del mundo de postguerra. Por ahora, diremos que hacia 1948 se miraban como enemigos ambos bandos, asumiendo la representación de Europa por mitades. Fue precisamente, en ese año cuando la expresión "guerra fría", adquirió notoriedad.

Sólo es necesario hacer presente que, al cabo de cuatro años de concluida la guerra, la Unión Soviética había satelizado la Europa oriental y los Balcanes, con excepción de Yugoslavia y Albania, realizando las más brutales "purgas" entre los dirigentes comunistas de dicha área. El Partido Socialista condenó esa política expansiva de los rusos, en cuyo desarrollo nunca se tomó en consideración la opinión de los pueblos, primando siempre el poderío de los ejércitos de ocupación.

El acontecimiento que mayor repercusión tuvo, en esa época, en el socialismo chileno fue la expulsión de Yugoslavia, el 28 de junio de 1948, del Cominform, organismo que sustituyó a la Internacional Comunista. Los orígenes de

este conflicto se remontan a la persistente acción de la Unión Soviética dirigida a supeditar los intereses de la revolución yugoslava a la extensión del poder ruso, de la "defensa" de la URSS contra la intervención imperialista. Stalin trató, en todo momento, de mediatizar dicha revolución pactando con Churchill la división de los Balcanes en 1944 e imponiendo al partido de Tito una coalición con la burguesía.

Pero la revolución yugoslava adquirió una dinámica autónoma que generó gran tensión internacional, sin provocar una nueva guerra como pronosticaban los rusos para justificar la entrega de ese país a las potencias occidentales. La revolución socialista se impuso así por encima de la camisa de fuerza de los acuerdos de Teherán y Yalta. Por eso, cuando Stalin rompió con Tito, el Partido Socialista brindó a éste toda su solidaridad. La Unión Soviética aceptó, después de la muerte de Stalin, el hecho de una Yugoslavia comunista independiente, aunque se sucedieron tensiones hasta 1958.

En este mismo periodo, dos bloques definieron sus zonas de intereses y seguridad, provocando situaciones próximas a la tercera conflagración mundial, que evolucionaron en definitiva hacia una verdadera paz armada. Nunca fué tan cierta la máxima latina: si quieres la paz, prepárate para la guerra. El bloque occidental, hegemonizado por Estados Unidos, defiende el sistema capitalista con sus expresiones imperialistas. El bloque oriental, dirigido por la Unión Soviética, procura expandir su propio sistema social y de poder.

Esta política de bloques generó a su vez sus respectivas alianzas militares: el Tratado del Atlántico Norte (OTAN) y el Pacto de Varsovia. De esta manera, se inició la más fantástica carrera armamentista, caracterizada por el alto desarrollo tecnológico que significa la producción en gran escala de armas nucleares sofisticadas y destructivas que, de ser usadas, desintegrarían a la humanidad, y por el derroche de sumas siderales

que, de ser destinadas a fines de paz, crearían las condiciones materiales y culturales para abatir la pobreza.

Esta pugna mundial repercutió en todos los países. El Partido Socialista, de acuerdo a su política de no alineación, no se adscribió a ninguno de los bloques. Para luchar por la paz no tuvo necesidad de aceptar fetiches creados por aquéllos, que respondieron siempre a los intereses de uno u otro bando. Para impulsar las luchas obreras impuso la no afiliación de la Central Unica de Trabajadores a ninguna de las organizaciones mundiales instrumentalizadas por ambas superpotencias. Para promover la lucha revolucionaria no consideró necesario incorporarse a centro de dirección mundial alguno.

En medio de la guerra fría irrumpió el "tercer mundo" como resultado de la descolonización. Decenas de países pasaron de su condición de colonias a la de estados independientes y comenzaron la aventura de su reconstrucción y del gobierno propio, algunos de los cuales eligieron el socialismo. En esta perspectiva, el Partido Socialista estableció contactos con sus congéneres asiáticos, concurriendo a la segunda conferencia reunida en Bombay en 1956, así como con los movimientos de liberación de los países africanos. Estas relaciones fueron particularmente estrechas con las luchas del pueblo argentino y, en general, con el socialismo árabe.

La coexistencia pacífica.

En Chile, más que en otros países, las resoluciones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética de 1956 adquirieron una profunda repercusión. No podía ser de otro modo ya que ellas entraron en contradicción con las posiciones oficiales defendidas con fanatismo hasta entonces por el Partido Comunista chileno. Esas resoluciones se conocieron en nuestro país en los mismos instantes en que se fundaba el Frente de Acción Popular (FRAP), la nueva alianza socialista-comunista.

Los acuerdos de dicho congreso pueden resumirse en cuatro tesis:

La primera afirma que la guerra no es inevitable, como se venía sosteniendo hasta entonces, y que la coexistencia pacífica es posible entre países de sistemas sociales diversos, gracias al poderío del campo socialista y el fortalecimiento de las "fuerzas de la paz".

La segunda es la traslación de la anterior a la vida interna de las naciones capitalistas, y preconiza la vía pacífica para conquistar el poder, basada en las condiciones políticas contemporáneas que posibilitarían diferentes caminos, incluso la acción parlamentaria.

La tercera proclama que las formas de edificación del socialismo, una vez conquistado el poder por las fuerzas revolucionarias, pueden ser distintas en cada país, de acuerdo a las características peculiares de su desarrollo histórico.

La cuarta condena el culto a la personalidad practicado durante la larga etapa staliniana, considerado ahora como la causa de graves errores, abusos y desviaciones en la política soviética, y que deberá superarse mediante el restablecimiento de la legalidad socialista quebrantada y la dirección colectiva fundada en los principios leninistas.

El Partido Socialista discutió la nueva situación política creada con los acuerdos del XX Congreso del PCUS. En un severo diagnóstico, sostuvo que el Partido Comunista chileno "acomodó siempre su itinerario al meridiano de Moscú", terminando por someterse al dogma de que "ningún impulso revolucionario lo era genuinamente, si no se hallaba bajo la inspiración soviética o no se integraba funcionalmente en la estrategia mundial de la URSS". Este análisis concluyó con una caracterización categórica: "Un partido de tales condiciones acaba por situar la consigna por encima del examen objetivo de la realidad, coloca sus prejuicios en el lugar de sus deberes de clase". (2)

Las decisiones del XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética trajeron consigo efectos políticos

en ésta y en los países de Europa oriental. El año crítico fue 1956. En Georgia, país natal del dictador, se produjeron reacciones contrarias a la degradación de Stalin, pero Kruschev las controló, manteniendo el orden. La situación se tomó más grave en las llamadas democracias populares. Primero, acontecimientos sorprendentes golpearon a la dictadura comunista en 1956, en Polonia, donde Gomulka, liberado secretamente tiempo atrás, se impuso a los rusos tras furiosas discusiones con Kruschev.

El huracán se desencadenó después sobre Hungría, precipitándose el 24 de octubre de ese mismo año la insurrección popular y la consiguiente guerra civil. No sólo el pueblo, sino también el ejército y la policía tomaron parte en esta revolución nacional y democrática contra la dominación extranjera. Como era de esperar, las fuerzas armadas rusas invadieron Hungría y aplastaron al pueblo alzado en armas. Así, la coexistencia pacífica proclamada en el XX Congreso del PCUS tenía una aplicación espectacular. El Partido Socialista chileno condenó con indignación esta intervención rusa, exigiendo el respeto de los principios de no intervención y libre determinación de los pueblos.

En los inicios de la década de los sesenta irrumpió la disputa chino-soviética que, con los años, provocaría una ruptura no superada hasta ahora en el campo socialista. Como sucediera con la crisis desencadenada tres décadas antes por la lucha tras el poder entre Stalin y Trotsky, esta vez también se hicieron sentir sus efectos en el Partido Socialista. Sin embargo, el sólido arraigo del concepto de autonomía, le permitió rechazar la idea de sustituir una hegemonía por otra, y las formulaciones simplistas de los chinos, como la tesis de los dos imperialismos y el supuesto antagonismo entre la lucha por el socialismo y la lucha por la paz.

La discusión interna fue definida por el Partido Socialista en un documento aprobado por su Comité Central en

agosto de 1963, imponiéndose su concepción independiente. "La aceptación incondicional e irreflexiva de determinadas líneas dictadas por uno u otro estado" —expresó— supondría la mantención de "hábitos nocivos en el movimiento obrero, de los cuales el Partido Socialista pudo salvarse siempre por sus estrechas raíces en la realidad chilena". Por esta consideración, concluyó que "incurriría en un error irreparable si tomara partido en una disputa que es la mejor comprobación de la crisis de un instrumento caduco como es la estructura del movimiento comunista internacional". (3)

Preocupado de la situación mundial, el Partido Socialista la examinó en 1967, una vez más, de manera profunda. (4). Este análisis destacó el carácter internacional de la lucha por el socialismo, siendo por lo tanto la posición del partido en este ámbito el fundamento básico de su línea política. En este marco, reiteró el carácter socialista de la revolución chilena, proyectándose como parte de la revolución mundial. Rechazó la política de coexistencia pacífica y su corolario la vía pacífica en América Latina, entendida una y otra en los términos en que eran aplicadas por los partidos comunistas, es decir, mediante la conciliación de clases antagónicas y el apaciguamiento de la lucha revolucionaria.

El aplastamiento de la "primavera de Praga" por los tanques soviéticos el 21 de agosto de 1968 determinó un retroceso en las relaciones socialista-comunistas en Chile. Como en 1956, con la invasión húngara, el Partido Socialista condenó este nuevo atentado a la autodeterminación de los pueblos y al res-

1. VIII Congreso General Ordinario de marzo de 1942.

2. Informe del Secretario General Raúl Ampuero al Comité Central, agosto de 1956.

3. Comité Central, Política Internacional: Informe y Conclusiones, febrero de 1964.

4. XXII Congreso General Ordinario de noviembre de 1967.

peto recíproco que se deben las naciones del campo socialista. Esta vez quedó demostrado que la coexistencia pacífica sólo rige entre las grandes potencias, y la Unión Soviética actúa movida por una lógica de potencia mundial que no se diferencia de aquella que inspira la política de las potencias capitalistas.

La política internacional de Allende.

En el programa básico de gobierno de la Unidad Popular se formularon diversos objetivos en materia de política internacional. En este capítulo, es preciso limitar el análisis a las definiciones más generales. Ellas parten de la afirmación de la plena autonomía política y económica de Chile y se proyectan a establecer y consolidar relaciones diplomáticas y comerciales con todos los países del mundo, independientemente de su posición ideológica, sobre la base del respeto a la autodeterminación y a los intereses del pueblo chileno.

En este marco, el gobierno de Allende procuró desarrollar relaciones normales con Estados Unidos, pero esta superpotencia se opuso tenazmente a dicho propósito. Es historia ya conocida la determinación norteamericana de impedir la consolidación del régimen popular. El propio Kissinger reveló, el 18 de septiembre de 1970, en declaraciones a la prensa de su país, la conspiración en marcha para imposibilitar la instauración de un sistema "comunista" en Chile que constituiría un mal ejemplo para los países de la región.

De otra parte, investigaciones realizadas por el congreso norteamericano, con posterioridad al golpe militar del 11 de septiembre de 1973, pusieron en descubierto toda la conspiración invisible para desestabilizar y abatir al gobierno de la Unidad Popular. Es una siniestra historia de cómo la coexistencia pacífica de las grandes potencias sacrificó a una pequeña nación que quiso ser libre, así como

la acción de la CIA corrompió a la institucionalidad interna, incluídas las fuerzas armadas. En este proceso se combinaron, una vez más, la acción externa con la acción interna, a través de la alianza del imperialismo con la burguesía.

Conforme a su programa, el gobierno popular estableció relaciones diplomáticas y comerciales con los países socialistas que no tenía. En este sentido, además de Cuba, extendió dichas relaciones a la República Democrática Alemana, China, Corea del Norte, Vietnam del Norte, Vietcong y Camboya. Por las lecciones extraídas de la experiencia cubana, el nuevo gobierno esperaba enfrentar las dificultades derivadas de la aplicación de su programa con el desarrollo de relaciones económicas con el campo socialista.

Sin embargo, la Unión Soviética no tuvo disposición a realizar operaciones económicas relevantes por la reticencia a contraer obligaciones mayores con Chile que no sea en virtud de un compromiso político global en el marco del sistema de naciones socialistas. Varias misiones chilenas precedieron al viaje del propio presidente Allende a dicha potencia, sin lograr acuerdos significativos en relación con sus requerimientos. Ella estaba más interesada, según la distribución internacional socialista del trabajo, en participar en el desarrollo de la industria ligera que en considerar proyectos sobre industria pesada (Incluída la minería).

Tampoco tuvo mejores resultados en sus gestiones ante otros países socialistas desarrollados, como la República Democrática Alemana y Checoslovaquia. En resumen, los proyectos industriales de mayor alcance no se concretaron, y el conjunto de créditos, que no pasó de los 400 millones de dólares nominales, no pudieron hacerse efectivos de inmediato canalizándose en definitiva la cooperación a la pesca y la agricultura.

El gobierno de Allende desarrolló un gran interés en el diálogo norte-sur. En abril de 1972 se celebró en Santiago

la tercera conferencia de la UNCTAD, donde el propio presidente hizo oír su voz en defensa de los recursos naturales, de los intereses del "tercer mundo" y de un nuevo orden económico internacional. La expansión de las relaciones a nuevos países como Guyana, Zambia, Nigeria, Guinea, República Popular del Congo, Madagascar y Tanzania vino a materializar la vieja política del Partido Socialista de aproximación solidaria con esas áreas del mundo.

Chile, bajo el gobierno popular, se incorporó al movimiento de países no alineados. Esta determinación se hizo pública en la Asamblea General de las Naciones Unidas en el mes de septiembre de 1971. Así se garantizó su autonomía y libertad de acción en materia de relaciones internacionales y se contrarrestó, además, la campaña maliciosa de la oposición conspirativa que trataba de presentar al gobierno popular como una base o satélite soviéticos.

COMPAÑERO:

Defiende tu Derecho, tu Pan y tu Libertad



M. GROVE



EUGENIO MATTE

DOCUMENTOS

DECLARACION DE PRINCIPIOS DEL PARTIDO SOCIALISTA (1933)

Al cumplirse medio siglo desde la fundación del partido reproducimos la primera declaración de principios como una respuesta a los que han intentado falsificar el carácter revolucionario de nuestra organización que surgió a la historia como legítima dirección de los trabajadores chilenos.

METODO DE INTERPRETACION

El Partido acepta como método de interpretación de la realidad el marxismo rectificado y enriquecido por todos los aportes científicos del constante devenir social.

LUCHA DE CLASES

La actual organización económica capitalista divide a la humanidad en dos clases, cada día más definidas: una clase que se ha apropiado de los medios de producción y que los explota en su beneficio; y otra clase que trabaja y produce y que no tiene otro medio de vida que su salario. La necesidad de la clase trabajadora de conquistar su bienestar económico y el afán de la clase poseedora de conservar sus privilegios, determina la lucha entre estas dos clases. La clase capitalista está representada por el Estado actual, que es un organismo de opresión de una clase sobre otra. Eliminadas las clases debe desaparecer el carácter opresor del Estado, limitándose a guiar, armonizar y proteger las actividades de la sociedad.

TRANSFORMACION DEL REGIMEN

El régimen de producción capitalista, basado en la propiedad privada de la tierra, de los instrumentos de producción, de cambio, de crédito y de

transporte, debe necesariamente ser reemplazado por un régimen económico socialista en que dicha propiedad privada se transforme en colectiva. La producción socializada se organiza por medio de planes ordenados y sistematizados científicamente, conforme a las necesidades colectivas.

DICTADURA DE LOS TRABAJADORES

Durante el proceso de transformación total del sistema es necesaria una dictadura de trabajadores organizados. La transformación evolutiva por medio del sistema democrático no es posible, porque la clase dominante se ha organizado en cuerpos civiles armados y ha erigido su propia dictadura para mantener a los trabajadores en la miseria y en la ignorancia e impedir su emancipación.

INTERNACIONAL Y ANTIIMPERIALISMO

La doctrina socialista es de carácter internacional y exige una acción solidaria y coordinada de los trabajadores del mundo. Para iniciar la realización de este postulado, el Partido Socialista propugnará la unidad económica y política de los pueblos de Latinoamérica, para llegar a la federación de las Repúblicas Socialistas del Continente y la creación de una economía antiimperialista.

Declaración pública de la convergencia socialista

Emitida al término de la reunión efectuada en Madrid los días 24, 25 y 26 de febrero de 1983.

Chile vive una crisis integral sólo comparable a la sufrida por el país durante la Gran Depresión de los años 30.

El balance de casi una década la dictadura militar muestra el fracaso rotundo del intento de fundar en Chile un régimen autoritario y excluyente de la mayoría frente al fracaso del modelo y de la política económica con la cual se identificó la dictadura. Así lo reconocen incluso buena parte de los que fueron sus partidarios y beneficiarios. Sería un error, sin embargo, no ver que la crisis por la que atraviesa el país es no sólo económica, sino que arranca desde los inicios del gobierno militar y se extiende a todas las esferas de la vida nacional y a las relaciones de Chile con la comunidad internacional.

A la reacción, las quiebras y la cesantía se suma la destrucción y el envejecimiento de las instituciones históricas del Estado, el desmantelamiento de la organización social de los chilenos, el empobrecimiento dramático de nuestra cultura, la generalización de práctica: abismantes de corrupción en el manejo de los asuntos públicos y en las actividades privadas de las capas dirigentes, la apatía que el terror y el desencanto ha provocado en vastos sectores del pueblo, la desesperanza de la juventud que de manera alarmante busca en países extranjeros mejores horizontes de vida.

El país ha sido conducido además a un peligroso aislamiento internacional, en la medida que la dictadura ha vulnerado fuertemente todos los pactos en materia de derechos humanos, civiles y políticos, que ha debilitado nuestras relaciones con la comunidad latinoamericana y del tercer mundo, y que ha asumido un rol que no corresponde al interés nacional en la confrontación entre las grandes potencias mundiales.

La dictadura pretendió sustituir al pueblo en la conducción de su propio destino. Para eso destruyó las instituciones históricas democráticas de Chile y aplicó como sistema una política autoritaria y excluyente.

Lo nuevo de la situación se caracteriza no sólo por la pérdida total de credibilidad del modelo económico sino por la creciente dificultad en que se encuentran sus responsables: régimen militar, grupos financieros y "Chicago Boys", para permanecer impunes. Es la dictadura misma y Pinochet, personalmente, quienes son cuestionados. Al profundizarse, la crisis desnuda cada día más sus implicaciones políticas. Se abre un período de inestabilidad en que se multiplican presiones corporati-

vas y "frondas", pero también la actividad social y política del conjunto del movimiento popular. Crece el convencimiento que la disyuntiva de fondo no es entre dictadura militar o apertura limitada sino entre el régimen actual y una profunda refundación democrática del país.

Pinochet ha colocado al país en una gravísima encrucijada que hipoteca el futuro desarrollo nacional, reduciéndolo a márgenes extremadamente estrechos. El país no cuenta con recursos ni con crédito internacional para pagar la gigantesca deuda externa contraída por el régimen y la renegociación de la misma es ya casi imposible. Mientras, por otro lado, la exacerbación de la compra de armamentos unida a los desastres de la gestión diplomática de la dictadura, han comprometido seriamente la soberanía del país, agudizando los conflictos limítrofes y desarraigando a Chile de su ubicación e integración en latinoamérica, enajenándole el apoyo internacional de que tradicionalmente gozo como nación libre e independiente. Chile está en el suelo y se requiere coraje, voluntad y sacrificio de todos los chilenos para levantarlo.

En lo político la sociedad chilena ha alcanzado consensos claros, definidos y limitados que se expresan de múltiples formas por una amplia mayoría social que desea un pronto fin de la dictadura y que exige la constitución de mecanismos políticos que aseguren la viabilidad de la democratización en la vida nacional.

En lo económico, las posibilidades de recuperación productiva es una meta plagada de dificultades. El rearme industrial supone un esfuerzo que el país, en las condiciones en que lo deja Pinochet, tendrá que desplegar con grandes sacrificios. La recuperación de la capacidad real de pago de amplias capas sociales y la creación de oportunidades de empleo a la enorme masa de desocupados, son tareas duras y complejas que enfrentaremos con marcado realismo. En suma, Chile deberá plantearse metas de crecimiento relativamente modestas y posibles.

En definitiva, la constatación de estos límites nos remite a plantear la necesidad de construir un régimen político estable que enderece los caminos de la recuperación nacional.

Las garantías de estabilidad de ese régimen político estarán dados por nuestra capacidad de convocar a un compromiso en torno a ese requisito, por nuestra voluntad de movilización popular para su defensa, por nuestra destreza para concertar el

apoyo político internacional y por nuestra claridad de propósitos frente al pueblo chileno.

Nosotros estamos firmemente convencidos que la democracia es la única forma de convivencia que nos permitirá enfrentar como nación los agudos problemas internos e internacionales que se han acumulado en estos años de dictadura. Si algo hemos aprendido de nuestros propios errores es que la democracia es un valor en sí y que debe ser cada día defendida y profundizada.

Para lograr este objetivo es indispensable producir entre los más amplios sectores una concertación para luchar por el derrocamiento de la dictadura y para establecer las bases de la nueva convivencia democrática. Cualquier política excluyente no hace más que favorecer los intereses del dictador y debilitar las bases de sustentación del nuevo régimen democrático que deseamos construir.

Los objetivos esenciales de esta concertación deben entonces ser:

1. La salida de Pinochet y el término del régimen militar, la declaración de ilegitimidad de la Constitución del 80.

2. El desmantelamiento de los organismos represivos de la dictadura, particularmente la disolución de la CNI, la derogación de toda la legislación represiva y el reconocimiento efectivo de los derechos humanos fundamentales.

3. La sujeción de las fuerzas armadas al poder civil, su retorno a las tareas exclusivamente profesionales y las medidas que sean indispensables para garantizar su plena lealtad al proceso de democratización.

4. La reforma del Poder Judicial, para asegurar el efectivo amparo de los derechos ciudadanos y su independencia del gobierno.

5. La liberación de todos los presos políticos, el retorno sin condiciones de los exiliados y el esclarecimiento de la dramática situación de los detenidos-desaparecidos.

6. El restablecimiento de los derechos sindicales y sociales de los trabajadores.

7. El término de la intervención militar en las universidades y la restitución de su autonomía y de los docentes y alumnos expulsados por razones políticas.

8. El diseño de un itinerario que conduzca, al más breve plazo, a que el pueblo recupere el ejercicio de su soberanía, dándose una constitución democrática y eligiendo a sus gobernantes.

9. Es necesario pues afirmar la continuidad entre las movilizaciones de hoy y la estabilidad democrática que el país necesitará para curar todas las secuelas de la dictadura. Todos cuantos participen en la caída de la dictadura deberán tomar parte en la reedificación democrática del país.

Esto requiere de un vasto acuerdo nacional —un pacto constitucional— entre todas las fuerzas identificadas con un itinerario de democratización, más allá de un gobierno de emergencia. Debe ofrecer

garantías de solución para los problemas de fondo del país y asegurar iguales condiciones a todas las corrientes políticas, incluida la oposición socialista.

Reeditar otros esquemas políticos que no reflejen ni contribuyan al fortalecimiento de ese consenso democrático sería un craso error. A este respecto, consideramos agotada la fórmula de la Unidad Popular y rechazamos cualquier otra que se base en la proscripción de algún sector democrático del país.

Frente a la situación actual, un movimiento popular fuerte porque masivo, imaginativo con iniciativa política, puede abrir espacios crecientes de vida democrática en el país. Masificar las luchas sociales y políticas es la primera de las tareas.

Ello requiere nuevos esfuerzos para:

— Multiplicar todas las formas de demanda popular, incentivando las luchas sectoriales, abriendo paso a nuevas prácticas, extendiendo unas y otras al conjunto del país, reconstruyendo un tejido de organizaciones crecientemente articuladas entre sí, creando así las condiciones materiales en que una amplia mayoría nacional de hombres y mujeres, jóvenes, trabajadores de la ciudad y del campo, profesionales productores, comerciantes, puedan hacer sentir su voluntad de abrir paso a una radical democratización del país.

— Impulsar movilizaciones populares que opongan a la arbitrariedad diversas formas de desobediencia civil y acumulen experiencias en la perspectiva de desagregar el poder de la dictadura sobrepasando progresivamente su capacidad represiva.

La Convergencia Socialista se ha impuesto de hecho durante los últimos meses como un actor político de primer plano en la vida del país. Ella emerge como una nueva fuerza cuyo proyecto y propuestas se perfilan crecientemente y cuya presencia se afirma en el seno del movimiento popular.

Estamos convencidos que un socialismo unido, heredero de las mejores tradiciones y valores del socialismo histórico, fortalecido con la presencia de nuevos contingentes y vertientes ideológicas y renovado a la luz de la experiencia popular de los últimos años, constituye una fuerza indispensable para derrocar la dictadura, para democratizar el país y para otorgar a los trabajadores y a todo el movimiento popular un nuevo proyecto nacional, de carácter socialista y democrático.

Tenemos aguda conciencia que, siendo imprescindible el derrocamiento de la dictadura y la restitución de la convivencia democrática entre los chilenos, la crisis nacional exige de la constitución de una fuerza social y política capaz de plasmar las profundas transformaciones políticas, económicas, sociales y culturales que son indispensables para darle a nuestra patria un nuevo y mejor destino nacional. Vemos en el movimiento popular y democrático, fortalecido ideológicamente a partir de la reflexión que todos hemos hecho y estamos obligados a

profundizar sobre la experiencia nacional de los últimos 20 años, las bases fundamentales de esta fuerza política. Los socialistas chilenos nos proponemos trabajar por su constitución, convencidos que ella cristalizará fundamentalmente a través de la lucha de todo el pueblo en defensa de sus reivindicaciones, en la búsqueda del derrocamiento de la dictadura y en la defensa y profundización más allá de ella, del proceso de democratización del país.

Formulamos un llamamiento ferviente a todos nuestros compatriotas que se sientan identificados con esta propuesta y con el proceso de convergencia

que impulsamos, a la masa socialista, a incorporarse activamente a esta fuerza de renovación y cambio.

GRUPO POR LA CONVERGENCIA
SOCIALISTA.SECRETARIADO POLITICO
DE LA CONVERGENCIA SOCIALISTA.
COMITE DE ENLACE PERMANENTE
DE UNIDAD SOCIALISTA.MOVIMIENTO
DE CONVERGENCIA SOCIALISTA (EUROPA).

FEBRERO DE 1983.

ACTA DE UNIDAD SINDICAL CHILENA

Ofrecemos el texto del trascendental documento en que todas las corrientes sindicales chilenas en el exilio decidieron unificar su acción a fin de acelerar el derrumbe de la dictadura.

En Roma, capital de la República de Italia, durante los días 29 y 30 de Enero de 1983, se constituyó el Comité Sindical Chile, conformado por todas las corrientes políticas-sindicales opositoras al régimen dictatorial, chileno, con el propósito de impulsar, desarrollar y concretizar el apoyo y la solidaridad a un nivel superior en interés de los trabajadores que luchan contra la dictadura de Pinochet.

El Comité Sindical Chile proclama que la unidad y el fortalecimiento del movimiento sindical chileno antidictatorial es uno de sus objetivos esenciales.

Afirmamos que la lucha contra la dictadura requiere del aporte de todos los sectores políticos-sindicales, para reconquistar sus derechos, la democracia y la libertad.

El Comité se propone promover la búsqueda del máximo apoyo político y material a la Coordinadora Nacional Sindical, a sus organizadores de base y a todo el movimiento sindical opositor.

Denunciará ante la comunidad internacional las violaciones a los derechos humanos, políticos y sociales de los trabajadores; desarrollará campaña con todos los prisioneros, relegados, los expulsados arbitrariamente del país y los perseguidos por el régi-

men opresor; impulsará el apoyo a la prensa obrera, a las huelgas y a las luchas de los trabajadores chilenos.

Su método de trabajo será sobre la base del consenso, porque creemos en la pluralidad y la democracia y porque sólo miramos el interés del pueblo y de los trabajadores.

La Unidad y la lucha de las fuerzas trabajadoras son hoy una obligación vital, para saber enfrentar el régimen que pasa por una aguda crisis política, económica y moral y lograr que Chile viva nuevamente en libertad y democracia y los trabajadores reconquisten sus derechos.

El Comité ha elegido la siguiente directiva:

Presidente: Manuel BUSTOS; Primer Vicepresidente: Luis MENESES; Secretario General: Hector CUEVAS; Vicepresidente: Emilio MENESES (Finanzas); Vicepresidente: Bernardo VARGAS (Relaciones Internacionales); Vicepresidente: Humberto ELGUETA (Comunicaciones); Vicepresidentes: Cristián IZQUIERDO y Eduardo ROJAS.

Vicepresidentes Suplentes: Francisco RIVAS, Horacio MICHELL, Julio VALDERRAMA, René PLAZA, Carmen ROA y Enrique MOLINA.

Se designó secretario técnico administrativo Carlos LIMA.

CUANDO YO ME HAYA IDO

Salvador Fuentes Vega

Salvador Fuentes Vega, fundador del partido, maestro de varias promociones de intelectuales y de obreros, fallecido hace unos meses en el exilio venezolano, escribió estos versos presintiendo su partida. Ahora que —como él lo dice— se ha tendido a dormir en el fondo del tiempo, creemos que sus palabras tienen un eco singular.

*Cuando yo me haya ido y otros valles distintos
recojan mi pupila, —yo no sé en qué país—.
Otros serán mis amos, otro arado el que pulse,
y tendré la tristeza de un pobre hombre gris.*

*Cuando yo me haya ido y este tu amor me siga
por todas las ciudades que me vean llegar,
mi carne y mi palabra se irán poniendo tristes
y mis ojos por verte se han de abrazar al mar.*

*Cuando yo me haya ido... después cuando esté lejos,
temblosa la mano, curvado ya el testuz,
el cansancio del tiempo pondrá una venda turbia
sobre mis pobres ojos que apenas tengan luz.*

*Y cuando me haya ido para siempre cada hombre
será tal vez un muro que me vea partir,
y con mi cara fea de viejo enristecido
en el fondo del tiempo me tenderé a dormir.*

La fecunda vida de Salvador Fuentes Vega
Caracas. 1983

Nos ha llegado este libro en homenaje a Salvador Fuentes Vega, fundador del Partido Socialista de Chile, maestro de generaciones, que ha fallecido hace unos pocos meses en su exilio venezolano.

Contiene seis semblanzas debidas a la pluma de Manuel Mandujano, Aniceto Rodríguez, Humberto Díaz Casanueva, profesora L.L., Víctor Troncoso y Luis Gómez Catalán. El anonimato de la profesora L.L. se debe, por supuesto, al hecho de que reside en Chile.

Fuentes Vega fué uno de los dirigentes más dinámicos de la Asociación de Profesores de Chile, director de su revista "Nuevos Rumbos", fundador del Partido Socialista de Chile, organizador de sistemas educacionales en Venezuela y en Uruguay y figura pleclara del movimiento obrero y popular.

PENSAMIENTO SOCIALISTA, junto con reseñar la aparición de este libro de homenaje, rinde también su tributo de emocionado recuerdo a un hombre que supo permanecer fiel a su ideario en todo el curso de su larga existencia, truncada finalmente en el doloroso exilio.

Dos trabajos de Iván Planells

Ese infatigable trabajador que es Iván Planells, ex-diplomático y actual miembro del Departamento Internacional del PSCH ha distribuido dos importantes trabajos elaborados en su exilio de Suiza. Uno de ellos se refiere a los "Medios de Comunicación de Masas" y el otro se titula "El Tercer Mundo Proletario frente a las dos Superpotencias".

El aporte de Planells a la información de los trabajadores chilenos sobre materias de tan indudable interés en nuestro tiempo merece ser destacado y PENSAMIENTO SOCIALISTA cumple con este deber ineludible.

Políticas sociales, análisis y testimonios
Vector. Santiago de Chile. Enero de 1983.

Este informe del Centro de Estudios Económicos y Sociales de VECTOR elaborado bajo la dirección y con la coordinación de Lucía Sepúlveda abarca diversos aspectos de la realidad chilena que demuestran la insuperable crisis de la economía y de la sociedad de nuestra patria.

La labor de esta organización, que se hace bajo la presión de la dictadura y con todos los riesgos del caso, es un ejemplo alentador para mostrar la voluntad de perseverar de los verdaderos chilenos.

PUBLICACIONES RECIBIDAS

Chile Sindical. Nº 10. Santiago de Chile
 Boletín Informativo. Partido Socialista de Chile. Rotterdam. Nov. 82
 Selso. Nº 61-62. Luxemburgo.
 Comité de Coordinación Sindical por Chile. Octubre. Bruselas.
 Nueva Sociedad. Nº 63. Caracas. Venezuela.
 Iepala. Programa 1982-83. Madrid
 Política Internacional. Nº 785. Belgrado.
 Socialism in the World. Nº 33. Belgrado
 Boletín Socialista Internacional. P.S. Uruguayo. Nº 79
 Chile-América. Nº 82-83. Roma. Italia.
 La República. Vocero argentino en el exilio. Nº 22. Nº 23
 Unión. Órgano de la UGT española. Nº 37. Madrid. 18 febrero 1983
 El dibujo político para una Nueva Sociedad. 1983. Caracas.
 Boletín Socialista Argentino. Nº 1. 31 enero 1983.
 Confederación Socialista Argentina. Edición especial.
 El Socialista Argentino. Nº 12. Buenos Aires
 Convergencia Socialista. Nº 11. Liège. Bélgica.
 El Socialista. Nº 296. Madrid
 La gran depresión y su impacto en Chile. 1929-1933. Eduardo Ortiz.
 Santiago de Chile. Vector.
 El Modelo económico ortodoxo y la Redemocratización. Aníbal Pinto. Santiago de Chile. Vector.
 El movimiento sindical chileno durante 1982. Santiago de Chile. Vector. Informe de Coyuntura económica. Nov-Dic. 1982. Vector.
 América Joven. Nº 29. Enero 1983. Rotterdam.



M. Grove, Salvador Allende y Arturo Bianchi saliendo del Palacio de La Moneda el año 1938.